

Industria Ficción:

Tercera antología de cuentos

sobre industria

Índice

“El secreto oculto en la fábrica”p. 7

Autor: Mateo Joel Araneo

Escuela técnica: “Instituto 13 de Julio”

Industria ficción: Policial detectivesco. Macabros asesinatos en una fábrica metalúrgica de Valentín Alsina. Un grupo de operarios busca resolver el misterio.

“-¡El viejo utiliza esta máquina para matar gente! – dije a ambos.

- ¿Pero a quién decís que mataba? – dijo Gustavo.

- Miren – señaló Julián.”

“Sin escapatoria”p.14

Autora: Camila López

Escuela técnica: Instituto 13 de Julio

Industria ficción: Como en una tragedia griega, como en Antígona, de Sófocles, Sara Kaim, esposa de un empleado de una fábrica de muebles, acepta su trágico destino.

“A la mañana siguiente volví a casa sin ella, me preguntó por nuestra hija, a lo que le respondí que nunca más la vería, ya que antes que él la matara, había preferido matarla yo.”

“Una multinacional con entrada prohibida”p.18

Autora: Martina Santangelo,

Escuela técnica: Instituto 13 de Julio.

Industria ficción: Con una original voz plural, como los coros griegos, cuenta sensiblemente, desde el punto de vista de las máquinas de una vieja fábrica de pueblo, la llegada de una multinacional con nueva tecnología

“Al contarnos esto nosotras no podíamos creer que seríamos reemplazadas por máquinas automáticas después de tanto tiempo trabajando para los hombres”

“La excursión”p.24

Autor: Lucas Humerez

Escuela técnica: “Instituto 13 de Julio”

Industria ficción: Una advertencia feroz sobre las medidas de seguridad necesarias al ingresar en una fábrica y la necesidad de respetar los protocolos para no acabar como el personaje.

Con la voz intimista de un diario personal, narra un hecho grupal; la visita a una planta industrial por parte de los alumnos de un colegio técnico. La percepción del mundo fabril en un adolescente.

“La primera máquina”p.28

Autor: Tomás Nicotera

Escuela técnica: “Instituto 13 de Julio”

Industria ficción: En la tradición de los cuentos infantiles, en donde la abuelita contaba historias fantasiosas a sus nietos, “La primera máquina” cuenta el mundo de la industria metalúrgica narrado en clave infantil, como se le cuenta a un niño un cuento para que se duerma.

- [...] ¿Abuelo, no me contás una de esas historias que sabés vos?

-Eh... bueno, dale. Te voy a contar algo de primer trabajo, en la metalúrgica...

- ¿Qué es una metalúrgica, abuelo?

“Lo que solía ser”p.31

Auora: Diana Khousnouline

Escuela Técnica N°: 26 D.E. 6 “Confederación Suiza”

Industria ficción: Cuenta historias de trabajadores y de huelgas desde el punto de vista de una máquina textil. Habla sobre las manos que la manejan.

“Yo no quise lastimar a nadie, pero no podía hacer nada. Ahora así es como estoy, en el suelo, con mis partes metálicas oxidándose de a poco en medio de toda la ruina”.

“Sumar”p. 36

Autora: Celeste Abril Vozza

Escuela: E.T.N°23 D.E. 11 "CASAL CALVIÑO"

Industria ficción: El desafío de narrar el complejo mundo industrial, con la voz y sensibilidad de un adolescente. Narrado con un lenguaje infantil, cuenta la historia de un adolescente mendigo que aspira a entrar, algún día, a una escuela técnica.

“Terror en appliances”p.40

Autor: Lisandro Luna

Escuela: EEM No2 D.E 14 "Argentinos Juniors"

Industria ficción: Terror industrial.

Una fábrica y el fantasma de un operario muerto en busca de un lector desprevenido.

“Elecciones”p.44

Autora: Violeta Gutiérrez Amarilla

Escuela: E.T N°23-D.E 13 “Casal Calviño”

Industria Ficción: La fábrica no es solo el lugar donde trabajamos. Es también, el lugar que moldea nuestra forma de ver el mundo. Allí, el personaje pierde su sensibilidad. Se vuelve vil y egoísta.

Agustín está solo en una fábrica, cree ser la única persona del mundo. Se encuentra a un mendigo que le pide ayuda. Puede perderlo todo si toma la decisión equivocada.

“Otra semana más”p.54

Nombre: Raimundo Amra

Escuela: Escuela Técnica N° 23 “Casal Calviño”

Industria Ficción: Una fábrica en huelga oculta una historia macabra de muerte y asesinatos. Narrado por un ingeniero alcohólico que va para hacer arreglos.

“En ese momento con la potencia de una epifanía lo entendí todo, querían terminar con la huelga encerrando a los trabajadores en la fábrica y prendiéndola fuego... y usarme a mí de chivo expiatorio [...]La coartada perfecta”.

¿Cómo y por qué escribo?. Hablan los escritores.....p 80

El secreto oculto en la fábrica

Corría el verano de 1999. Las calles de Valentín Alsina estaban desiertas por el intenso calor que se registraba. Yo vivía en un pequeño departamento que alquilaba hacía ya un año, desde mis 18 años, que me había independizado de mi familia. Ese verano había cumplido 19, ya había terminado hacía poco el secundario de la escuela técnica. Cuando finalicé mis estudios me entusiasmaba mucho empezar a trabajar, quería saber lo que se sentía, me interesaba crecer económicamente y poder empezar a ganar mi dinero, sin tener que estar dependiendo de mis padres, ya que ellos eran quienes pagaban mi renta y los gastos que generaba. Lo más interesante era tener un sueldo propio.

Empecé a buscar trabajo, recorrí varias empresas de la zona hasta que encontré una metalúrgica en la que estaban tomando personal. Presenté el CV (Currículum Vitae) y quedaron en contestarme a la brevedad. Al cabo de dos semanas recibí un llamado telefónico de la empresa avisándome que tenía una entrevista para acordar los detalles. En ese momento me alegré mucho, mi oportunidad de progreso estaba cada vez más cerca.

Llegó el día y me presenté, luego de una hora de entrevista y ya sabiendo cuáles eran las condiciones de trabajo, me comunicaron que el puesto era mío.

¡Salí festejando, había ingresado al mundo laboral!

Con mucha emoción y nerviosismo empecé al día siguiente.

Con el paso de los días me fui adaptando y cada vez hacía mejor mi labor.

A los pocos meses se me cumplió un lindo sueño que tenía, me compré mi primer coche...Un hermoso Toyota Célica.

Con el correr del tiempo fui entablando relaciones y logré hacer amistad con algunos de mis compañeros. Ellos eran Julián, Mauricio y Gustavo, a quien le decían Capanga.

Compartíamos el horario del almuerzo en la fábrica y los fines de semana organizábamos algunas salidas.

Hablábamos de muchas cosas: fútbol, familia, comida, en fin... pasiones y gustos que compartíamos.

Un día, Julián, entre tantas cosas que hablábamos, me contó algo que ni me imaginaba, historias y habladurías que rondaban dentro de la metalúrgica. Me llamó la atención lo que estaba narrando, él contaba que los empleados no duraban mucho en sus puestos y supuestamente se iban. Se desconocía si renunciaban o los echaban y, por este motivo, siempre tomaban gente nueva. Todo era muy raro.

También me contó que en el lugar se escuchaban ruidos, pasos y hasta a veces se veían sombras que aparecían y desaparecían entre las máquinas. Los rumores que se escuchaban. Decían que el lugar estaba habitado por espíritus. Era todo muy confuso, al igual que la conducta del dueño, quien era una persona solitaria y extraña.

Llamaba la atención su exagerada amabilidad con el personal. Algunos compañeros lo habían visto quedarse a dormir en la fábrica. Era un hombre que no tenía familia, ni esposa, ni hijos y casi no se le conocían amigos. Se mostraba siempre muy ansioso, nervioso, como si algo le estuviera pasando.

Un día decidimos averiguar con Julián y Gustavo todo lo que estaba pasando. Fuimos recabando más datos y escuchando las versiones de los demás. Descubrimos que Juan, así se llamaba el dueño de la fábrica, a quien en el barrio le decían “El Viejo”, era un hombre de aproximadamente 62 años pero que aparentaba mucha más edad, tenía una gran joroba, que él decía que se la había provocado luego de tantos años de trabajo en la máquina limadora. Entre otras cosas que averiguamos descubrimos que el lugar tenía un sótano, dato que desconocíamos ya que no teníamos acceso a él y supuestamente estaba en desuso.

Una noche, junto a Julián y Gustavo, no nos retiramos de la fábrica y decidimos quedarnos escondidos en la oficina administrativa, que quedaba frente al sótano, esa puerta prohibida en la que nadie podía entrar, excepto Juan. Entrada la noche nos empezó a invadir el sueño y el cansancio, pero intentamos mantenernos alertas. En un momento vimos pasar a Juan y notamos que se dirigía al sótano. Permaneció allí unos minutos y cuando salió dejó la puerta entreabierta. Fue en ese momento que, tratando de aplacar el miedo, nos armamos de coraje y bajamos. El fuerte latido de nuestros corazones parecían tambores entre tanto silencio. Una vez allí nos encontramos con máquinas viejas y en desuso, por el momento parecía todo normal; pero había una que nos llamaba particularmente la atención, una piedra (máquina para limar) que estaba enchufada. Cuando nos acercamos

a mirarla, quedamos atónitos al ver que estaba llena de sangre. En ese mismo momento comenzamos a hacer conjeturas...

- ¡El viejo utiliza esta máquina para matar gente! – dije a ambos.
- ¿Pero a quién decís que mataba? – dijo Gustavo.
- Miren – señaló Julián.

En ese momento todos miramos al piso y vimos rastros de sangre que nos conducían hacia una pared.

- ¿Y hasta ahí llega el rastro de sangre?,¿Hasta una pared? - preguntó Gustavo confuso.

- ¿Y si es una falsa pared? – interrogué.
- Comprobémoslo – dijo Julián.

Entonces nos acercamos y la golpeamos. En ese instante notamos que era hueca

- ¡Tenías razón, era falsa la pared! – comentó Julián.

Decidimos entre todos ver qué había ahí, detrás de ese muro. Tomamos algunas herramientas que estaban allí en el suelo y comenzamos a golpearla hasta romperla. Cuando logramos tirarla abajo, pudimos ver un pequeño y estrecho pasillo que desembocaba en una vieja puerta de madera, en muy mal estado, nos acercamos y la intenté abrir, pero fue en vano, estaba cerrada.

- ¿Y ahora qué hacemos? – pregunté.
- Permiso... déjenmelo a mí – dijo Gustavo.

Se paró frente a la puerta, suspiró y le pegó una terrible patada, estilo taekwondo, deporte que practicaba asiduamente. La vieja puerta se desplomó.

Ingresamos y vimos algo que nos dejó pasmados, que hasta pensarlo hoy en día me pone los pelos de punta. Vimos un montón de cadáveres tirados en el piso y algunos colgados. A unos pocos se les llegaba a ver el uniforme de trabajo, parecía una película de terror, pero no, para nuestro infortunio era real.

- Dios – dije en voz baja.
- ¡Ese maldito viejo! – exclamó Julián.

En ese momento nos cuadró todo, por eso desaparecían los empleados. No era que se iban, como todos pensábamos, sino que eran asesinados por el viejo. Por eso él era exageradamente amable, por eso se quedaba hasta muy tarde en el trabajo, ya comprendíamos todo...

Repentinamente escuchamos un golpe en la zona de máquinas.

- ¡Vámonos de acá! – sugirió Gustavo con la voz quebrada.

Y empezó a correr rápidamente y se fue hacia donde no lo pudimos ver, en ese momento se escuchó otro golpe.

- ¡¡¡Gustavo!!! – gritó Julián.

Ambos comenzamos a correr y en la zona de máquinas, cerca de las escaleras, lo encontramos, tirado en el piso con un corte en la cabeza.

- ¡¡¡Nooo!!! – grité con mucha bronca y dolor por lo que estaba viviendo.

- Maldito asesino, vas a pagar por todo lo que hiciste, ¿escuchaste? ¡¡¡POR TODO!!! – grito Julián.

En ese instante salió el viejo de entre medio de la oscuridad, viéndose apenas su figura, ya que sólo alumbraba un pequeño foco de luz parpadeante.

Pudimos ver que tenía un hacha en la mano. Inmediatamente entré en pánico y empezamos a huir despavoridos. Subimos las escaleras. Una vez que salimos del sótano, corrimos hacia la salida, volteando la cabeza constantemente, viendo cada vez más cerca al maldito viejo con el hacha. Estaba claro...nos quería matar a nosotros también.

No se cómo, pero logramos salir a la calle.

- Vamos a mi auto – dije.

- ¡¡¡Apurémonos!!!- me decía, con voz temblorosa Julián.

Nos subimos al auto y nos dirigimos rápidamente a la comisaría más cercana.

Una vez llegados allí, le informamos a la policía lo que había pasado dentro de la fábrica. Automáticamente se acercaron 4 agentes y nos dirigimos al lugar. En uno de los patrulleros fuimos nosotros.

Llegados al lugar, los agentes allanaron la fábrica, basados en nuestro relato. Después de media hora de investigación y de recabar evidencias bajaron al sótano y se encontraron con los cuerpos que nosotros habíamos visto; pero el dueño ya se había fugado.

Transcurrida una semana de casi no poder dormir por todo lo vivido, nos comunicaron que lo habían encontrado en un pueblo que está a 75 km de la capital jujeña, para nosotros fue un alivio, ya que nos parecía verlo en todos lados.

Luego de unos días de que nos comunicaran su detención, la policía nos citó a Julián y mi a la rueda de reconocimiento. Llegado el momento, al verle la cara a este asesino, no dudamos en reconocerlo.

Nos retiramos del lugar ya más aliviados y sabiendo que este loco no iba a matar más a nadie.

Al cabo de un tiempo nos enteramos que el viejo ya estaba preso y debía cumplir una condena de cadena perpetua, también supimos que en su declaración había dicho que tenía planificado matarnos a nosotros también, que era sólo cuestión de días. Respiramos aliviados...

Sin escapatoria

Esta es mi historia, y antes de llevarlo a la tumba prefiero plasmarlo en papel.

Soy Sarah Kaim, hace 20 años conocí un hombre fantasma, lo llamo así porque en un primer momento era algo único, especial, como un cuento de hadas. Luego de vivir una historia de amor romántica, nos casamos y con el tiempo aquella persona que conocí simplemente desapareció. Sólo su rostro era igual, ya no tenía esa sonrisa que enamoraba, su carisma, simpatía y amor que lo caracterizaba. Se volvió un hombre frío, psicópata y de mente perversa. Él era Jack, empleado en la fábrica Corfam de muebles. Por lo tanto tenía un taller en el patio de casa. Allí se la pasaba días enteros e incluso noches. Al pasar el tiempo, actuaba cada vez más extraño, pero poco a poco dejó de importarme.

Lo único que nos unía era la pequeña Ellie, nuestra única hija. Siempre llevaba a la niña a dar un paseo por el parque que estaba a unas cuadras de casa, trataba de salir de allí, cerca de él, tan sólo para respirar y sentirme más fuerte. Uno de esos días vi a Jack, me di cuenta de que hablaba con una pequeña, traté que no me viera, yo sólo observaba, ya no sabía hasta qué punto podía llegar. Vi cómo se retiraba del parque con la niña lo más normal así que no le di importancia, hasta unos días más tarde, donde en la portada del diario estaba la foto de aquella niña, rubia, de unos 15 años, la cual llevaba desaparecida aproximadamente unos 5 días.

La fecha justamente coincidía con aquel día en el parque, no podía hacer nada en la situación en la que me encontraba, así que sólo abracé a mi bebé y lloré, pensando cómo podía escapar de aquel callejón sin salida. Desde allí comencé a seguir sus pasos de cerca, averiguando cada movimiento. Así fue cómo descubrí que ya habían desaparecidos muchas más adolescentes. Miedo a represalias y a que tome venganza a través de nuestra hija, traté de hacer como si nada pasara.

Creo que él sabía lo que yo suponía y eso me aterraba más todavía.

Una noche sentí que empezó a despedazar el piso del taller, no veía bien lo que pasaba, así que para disimular tomé una bolsa de basura y salí para ver lo que ocurría. Fue la peor escena que uno se hubiera podido imaginar. Una imagen desgarradora, bolsas grandes, negras, llenas de sangre. Al instante me quedé paralizada, no lo podía creer, hasta que vi que aquel monstruo agarró a Ellie, ya que ella había salido detrás de mí y yo sin darme cuenta. Sentí terror, era escalofriante pero sólo hizo una seña con una sierra de mano que tenía y la soltó, me di vuelta y entré a casa, tenía que empezar a buscar soluciones o probables escapatorias.

Lo veía siempre deambulando por el parque acompañando a niñas que después desaparecían. Siempre agregaba un piso nuevo, donde seguro ahí dejaba los cuerpiitos de esas pobres adolescentes.

Siempre me amenazaba con meterme en su taller y no salir nunca más, hacer como con todas las demás en su cuarto de tortura, donde desmembraba los cuerpos con su sierra de mesa. Sólo pensaba cómo salir de aquella situación, la cual era un infierno.

Un día Jack pidió que le llevara una nueva víctima, ya que a él la policía lo estaba buscando. Me negué rotundamente, me hizo caso omiso diciendo que mataría a Ellie, ella sería la próxima, entonces dejé a mi hija con aquel psicópata, y salí en busca de una nueva “presa”, así las llamaba.

Deambulé por varias horas hasta que recordé que si no volvía mi hija moriría. Entonces lo hice, encontré a una chica, se llamaba Karen. Comenzamos a hablar y le dije que necesitaría una niñera para Ellie, aquella chica sólo me acompañó a casa, entramos y cuando Jack la agarró por las fuerzas, no quise ver, así que tomé a mi pequeña y salí corriendo, tenía apenas unos 19 años. Me atormenta pensar que yo la llevé a la muerte, pero así fue. Esa noche corrí y simplemente enterré mi pasado.

A la mañana siguiente volví a casa sin ella, me preguntó por nuestra hija, a lo que le respondí que nunca más la vería, ya que antes que él la matara, había preferido matarla yo.

A media mañana del otro día, la policía había llegado por fin, se había terminado todo este infierno. Con la mayor sonrisa de mi vida y lo más tranquila que podía estar, simplemente dije que fui su cómplice, que los cuerpos estaban enterrados debajo de los pisos y que yo sabía todo.

Acá estoy hace quince años, he sido acusada por cómplice y asesinato de mi hija. Nunca me sentí tan tranquila y despreocupada. Hoy es el día de mi ejecución y sé que esto va a llegar a vos luego de mi muerte, porque así lo pedí.

Debo morir, no soporto la culpa de ser cómplice, pero era ella o mi hija y yo, sé que él es más culpable que yo pero la diferencia es que él no siente remordimientos, ni culpa, cree que soy igual a él, pero está muy confundido

porque yo maté a Ellie para salvarla. La maté para que no crezca sabiendo la clase de padres que tenía, la maté porque se merecía una vida mejor, y yo sé que está muy bien dónde está. El cuerpo de Ellie nunca lo encontraron y no lo encontrarán. Ella simplemente está en el lugar correcto. Déjenla tranquila.

Siempre hice oídos sordos a todos los interrogatorios que me hicieron. No quiero salvarme de la ejecución, es lo que merezco, yo debo morir.

Soy Sarah Kaim”.

¿Este es realmente mi pasado? ¿Esta es mi verdad? ¿Mi madre está en esta carta? Muchas preguntas que tengo que responder.

Mis padres me la dieron cuando cumplí la mayoría de edad. Siempre supe que fui adoptada pero no tengo muchos recuerdos de mi infancia. Mis padres adoptivos siempre fueron muy buenos conmigo y se los agradezco muchísimo pero necesitaba cerrar mi historia y fue allí, donde decidieron darme las respuestas que necesitaba.

Dicen que Sarah sólo tocó la puerta y me dejó allí, pedía por favor que no llamen a la policía y que me protejan ya que corría mucho peligro.

Nunca comprendí lo que puede hacer una madre por sus hijos, quizás después de esto estoy comprendiendo que ella “mató” a Ellie para darme una nueva vida. Una madre haría lo que fuese por sus hijos, hasta matar. Así comprendí mi historia, creo que nunca me lo hubiese imaginado.

Ahora simplemente te agradezco mamá, lograste lo que querías, darme la vida que merecía, crecer y vivir en paz.

Una multinacional con entrada prohibida

Los primeros rayos del sol alumbraban la fábrica con una luz tenue y nosotras ya sabíamos que un nuevo día de trabajo comenzaba y la emoción nos recorría por cada uno de nuestros engranajes y tornillos.

El día parecía ajetreado. Los hombres se movían preocupados, se escuchaba al "JEFE", como ellos le decían, hablando con un hombre de traje que no se parecía a ninguno de los hombres del pueblo. Traía una vestimenta muy formal y con una apariencia de altitud.

El JEFE se veía muy nervioso. Hacía ya varios días se quedaba horas en su oficina cuando los hombres se iban y dejaban la fábrica en absoluta oscuridad. Nosotras, lo veíamos con pena. Algo terrible sucedía y no estábamos enteradas de lo que pasaba en el taller, hasta que un grupo de hombres como el que hablaba esta mañana con el jefe llegó con muchos papeles. Le pedimos a nuestro pequeño amigo humano, hijo de uno de los trabajadores que siempre estaba con nosotras (nos estudiaba y nos hacía sentir algo más que simples máquinas, muchas veces nos arreglaba y hablaba con nosotras), si podía escabullirse para investigar qué estaba sucediendo.

Accedió a nuestro pedido y se escondió detrás de las puertas y bajo el escritorio del jefe donde pudo oír que la fábrica del pueblo sería vendida a una multinacional. Al contarnos esto nosotras no podíamos creer que

seríamos reemplazadas por máquinas automáticas después de tanto tiempo trabajando para los hombres. ¿De esta manera nos pagaban? ¿Tan poco valíamos para ellos? Fuimos la base del pueblo durante tantos años y no lo tomaban en cuenta, pero algo no terminaba de quedarnos claro y era que el jefe jamás haría algo así, él valoraba la simpleza, lo cotidiano y amaba esta fábrica, así que decidimos investigar más.

Durante los próximos días, nuestro amigo humano estuvo investigando y la razón por la que la fábrica iba a venderse era que nosotras ya contábamos como máquinas viejas y anticuadas para la sociedad y los impuestos en el pueblo habían subido demasiado por lo que mantenernos a nosotras era mucho gasto y no alcanzaba el dinero. Por eso decidieron poner en venta la fábrica y la más interesada fue una empresa multinacional que quería apoderarse del pueblo, de sus recursos y contaminar sus aires puros, además de quitar todos los trabajos que lo sostenían, trayendo máquinas avanzadas que no necesitan de los hombres para su funcionamiento: solo un botón y horas de trabajo resueltas. Querían quitarnos todo lo que teníamos.

La gente del pueblo estaba como loca. Muchos estaban de acuerdo con que la llegada de la multinacional al pueblo haría importantes cambios para bien y muchos otros decían que los cambios serían para mal. Para nosotras no era una buena idea vender la fábrica, pero la decisión no era nuestra. Aquellas noches todas hablábamos y nos sentíamos culpables por causar tanto gasto, pero también sabíamos que sin nosotras muchos de los

trabajadores de la fábrica estarían desempleados y la pobreza y la tristeza cubriría el pueblo que tanto queríamos.

Debíamos impedir que nos sobrepasen, pero estábamos atadas al suelo, aunque nuestro niño podía hacerlo por nosotras.

El niño se decidió a hablar con el jefe de la fábrica y preguntarle por qué decidía rendirse tan rápido por lo que más amaba. Luego de una charla con muchos sentimientos encontrados, el jefe dejó en claro que hizo lo posible pero ya no había nada más que hacer, no había quién nos mantuviera y no creía en milagros.

El chico quedó muy triste pero nunca perdería la esperanza. Nos tenía una propuesta innovadora y que salvaría la fábrica, aunque llevaría mucho esfuerzo, él estaba dispuesto a afrontarlo.

En la noche, cuando todos se habían ido, todas las luces apagadas y el pueblo en completo silencio, nuestro amigo comenzó a hacer realidad su plan. Trajo una gran caja de herramientas e implementó todo lo que había aprendido en sus 14 años. Era muy capaz e inteligente, su gran sueño era utilizar las máquinas viejas para construir un gran futuro.

Empezó con algunas limadoras, tornos y fresadoras, al terminar con cada una las tapaba con una manta, quería que todo fuese una sorpresa.

Así estuvo hasta que el sol se asomaba por las ventanas de la fábrica. Nos manteníamos atentas a lo que el niño hacía, parecía muy concentrado y el orgullo se veía en su rostro.

Ninguna sabía de qué se trataba lo que había planeado, pero nos encontrábamos ansiosas. Ese mismo día en tan solo unas horas la multinacional llegaría a cambiar el rumbo de la vida de ese pueblo.

Sonaban las herramientas, los destornilladores, martillos, piezas metálicas distribuidas por toda la fábrica, señal de una noche de trabajo arduo. La emoción se observaba en los ojos del chico, podía verse lo orgulloso que estaba de sí mismo y de lo que podía lograr si se lo proponía. Aunque no nos veíamos, sentíamos una extraña mejoría y bienestar en nuestros engranajes y tornillos.

Poco a poco se escuchaban los camiones que traerían las máquinas automáticas de la multinacional a la fábrica, el pueblo los recibía con asombro e inseguridad, la incertidumbre recorría las calles del pueblo.

Ya nos sentíamos rendidas ante la posibilidad de que no nos elijan al ver las nuevas maquinarias, hasta que escuchamos al chico decir que ya había terminado. Se puso a limpiar y ordenar todo. La Fábrica parecía renovada.

Esperamos a que el jefe llegara. A los pocos minutos entró con la vista cabizbaja a mostrar la fábrica a los empresarios de la multinacional, pero al levantar la vista, el chico me sonrió y comenzó a desmantelarnos. No entendía nada hasta que comencé a ver a las otras máquinas. Nos había renovado, la cara del jefe era de una emoción increíble. Nos veíamos mucho mejor que las máquinas automáticas y no íbamos a producir tanto gasto. Estábamos renovadas y el trabajo de los hombres perduraría, éramos mucho más eficientes y consumíamos mucho menos, todo eso en una sola noche de trabajo. El rostro del jefe y las expresiones de los empresarios eran muy distintas. El jefe corrió a abrazar al chico que había salvado su fábrica, estaba orgulloso de él, nunca antes lo habíamos visto tan feliz, se encontraba tan emocionado como cuando abrió la fábrica por primera vez.

Habló algunas palabras con el chico y luego llamó a los empresarios a su oficina, estuvieron un rato hablando. Al salir los empresarios se veían indignados pero el jefe estaba muy feliz.

La fábrica no se vendía, habíamos recuperado nuestro lugar y nuestro trabajo, el pueblo despedía a las máquinas con aplausos. Las maquinarias volvían a los camiones, en busca de otro lugar y otras máquinas a las que reemplazar.

Nuestro amigo fue nombrado subjefe y el encargado de las máquinas de ahora en adelante. Su felicidad era inmensa y la emoción irresistible.

El padre del chico apareció y lo abrazó muy fuerte, por lo que decidieron organizar una fiesta con todos los trabajadores en la fábrica. La música, el baile, las risas y fiesta se mantuvieron hasta el día siguiente. Todos tuvieron el día libre y por el pueblo recorría un aire de victoria. Habíamos logrado ahuyentar al monstruo más despiadado: las multinacionales.

La Excursión

26 de Julio de 2010

¡LA PROFESORA DIJO QUE VAMOS A IR A UN PARQUE INDUSTRIAL! Esto es genial, siempre he querido ir a uno, ya que me encanta todo lo que tenga que ver con máquinas. La excursión será el 31 de Julio, solo tengo que esperar 5 días, solo eso.

30 de Julio de 2010

Falta un día para la visita al parque, aunque ya no estoy seguro de ir, porque he visto muchas noticias por internet de gente que ha sufrido graves accidentes trabajando allí, y eso me asusta, pero de seguro va a haber algún tipo de protección para que no nos dañemos.

Llegué a mi casa y tuve la brillante idea de mostrarle a mi mamá las noticias que vi por internet. Soy un verdadero tonto porque ahora no quiere firmar la autorización para ir a la excursión.

20:00 HS

Ya son las ocho y no se me ocurre nada para convencer a mi mami de que me deje ir al maldito parque industrial, y aparte todo es mi culpa por

mostrarle las noticias. Saldré al Parque Lezama para tomar algo de aire y pensar mejor.

31 de Julio de 2010

3:00 AM

¡YA SÉ QUE PUEDO HACER! Se me ocurrió dormido. Lo que voy a hacer es pedirle ayuda a un amigo que sabe falsificar firmas, es la única manera para ir al parque industrial.

7:00 AM

Estoy al fondo del aula con mi amigo para que la preceptora no nos vea falsificando la firma de mi madre. Listo, entregué la autorización y salió a la perfección, la preceptora no se dio cuenta de lo que hice, le debo una a mi amigo.

8:30 AM

Estamos en el micro con destino a la Bernalesa (Parque industrial). Me siento algo mal al desobedecer a mi mamá, pero no importa ya que todo va a salir perfecto, no puedo aguantar las ganas de llegar ¡ESTOY MUY EMOCIONADO! Tanto que ya me dieron ganas de ir al baño, qué ridículo me siento.

10:00AM

Llegamos al parque y nos dijeron que primero nos van a explicar un poco de lo que es el parque industrial Bernalesa.

La charla terminó. Nos dijeron que este parque se inauguró durante los años treinta y que este parque otorga a las empresas radicadas en él la posibilidad de desarrollar su actividad industrial dentro de un espacio pensado para satisfacer las necesidades de las empresas más exigentes. Suerte que anoté todo eso ya que es muy interesante.

Ahora vamos a hacer un recorrido de todo, ¡¡¡va a ser muy emocionante!!! Nos están diciendo que todos los que trabajan aquí deben tener zapatos de seguridad para no lastimarse, nosotros también teníamos que traerlo y yo por tonto no lo hice, bueno, igual, no creo que pase nada.

Nos están mostrando muchas cosas como un torno, una agujereadora, sierra tándem, sierra eléctrica de marquetería, etc.

Ahora estamos yendo al área de lo que es todo lo mecánico, donde hay morzas, sierras, limas y soldadura, o sea mi sector preferido. Hay una línea amarilla que representa la parte en la que no podemos pisar pero vi a unos hombres cargando algo muy pesado en sus hombros y por tonto salí de la línea amarilla y toqué a uno de los hombres para preguntarle dónde estaba llevando lo que cargaba, pero, por distraerlo se le cayó lo que estaba cargando y cayó directamente en mis pies, fue un momento de mucho dolor, empecé a llorar y gritar pidiendo ayuda, llamaron a la ambulancia y me llevaron al hospital.

Lo que más me da miedo era que sí o sí van a avisar a mi mamá y ella va a estar en el hospital, seguramente decepcionada de lo que hice.

Ya pasaron unas horas y básicamente ya no podré caminar y estaré en silla de ruedas el resto de mi vida. Obviamente mi mamá se puso triste por lo que me pasó, pero también estaba enojada y decepcionada porque ella no me había dejado ir porque tenía miedo de que me pasara algo ¿y qué fue lo que me paso? Justamente eso.

Y así es como esta fue la excursión en la perdí la movilidad de mis pies.

La primera máquina

-Dale, Marcos, andá a dormir que mañana tenés que despertarte temprano o te vas a quedar dormido como hoy.

- ¡Para, Mamá! Una vez que viene el abuelo déjame quedarme un rato más acá porfa.

- Bueno, pero en 20 minutos al “sobre”, que mañana tenés clases, eh...

- Gracias, ma. ¿Abuelo, no me contás una de esas historias que sabés vos?

-Eh... bueno, dale. Te voy a contar algo de primer trabajo, en la metalúrgica...

- ¿Qué es una metalúrgica, abuelo?

-Es una industria donde trabajan metales como hierro, cobre y algunos otros... Bueno, como te decía; mi viejo que era italiano murió en la Segunda Guerra Mundial. Con mi vieja teníamos que rebuscárnosla para traer plata a casa para mis 2 hermanas. En el '55, con 15 años, entré a trabajar en una metalúrgica. Al principio empecé haciendo tornillos, después pase a tuercas y después fui asistente de cortador, ayudaba a un señor a cortar láminas y barras de hierro. Siendo sincero, no ganaba mal; era un trabajo de 8 horas, pero no estudiaba. Recuerdo que volvía cansado a casa, llegaba a las 2 de la tarde, tenía que pasar a buscar a mis hermanas

que entraban a las 8 y se quedaban 2 horas más después de clase, y yo cocinaba porque mi mamá laburaba desde las 10 de la mañana hasta las 6 de la tarde. Los horarios nos daban y a fin de mes llegábamos normalmente bien, podíamos comprarle útiles y ropa a las nenas. Si te soy sincero, cuando era un nene de 11 años siempre fantaseaba con lo de ser el ‘‘Hombre de la casa’’. Pero era eso, un nene, no sabía lo que eso conllevaba, ni que era tan duro, pero tuve que serlo, y uno se termina acostumbrando, quizá es medio aburrido o triste porque te preguntan si querés jugar un partido contra los de Berazategui y vos tenés que decirles que no porque, o tenés que laburar, o tenés que cuidar a las nenas, o tenés que dormir un poco porque las ojeras ya te llegan a la boca; pero yo sabía que estaba haciendo lo correcto y mi vieja me lo decía y agradecía. Pero bueno, sigamos con el relato. ¿Dónde quedamos?

-Donde cortabas cosas, Abu.

-Ah sí, bueno... ya con 17 el cortador era yo, porque al anterior lo ascendieron, me llevaba bien con él, y cada tanto iba a ver lo que hacía. Ese señor me explicaba cómo trabajaba, porque el sucesor de él, sería yo, así que tenía que ir preparándome. A los 18 años me ascendieron y me tocó a mí hacer lo del señor, que se llamaba Carlos. Lo que él hacía era desbastar un pedacito de hierro hasta dejarlo como un tornillo, y que otro de rango más bajo lo termine (yo lo sabía porque ya había trabajado con eso). Entonces lo hice durante 2 años si mal no recuerdo, hasta que trajeron unas máquinas gigantes de unos 2 metros de largo y una altura de metro y medio que reconocí porque vi en una revista que andaba en una mesa de trabajo.

“Pronto me avisaron que la usaría yo, que se llamaba torno y mi jefe, sin tener mucha idea empezó a enseñarme a usarla, pero sinceramente yo no había entendido nada. Según sus instrucciones yo tenía que hacer lo que antes hacía en 2 horas en menos de 10 minutos. Pero era jodido el primer día con la máquina, porque era un paso en falso y no sabíamos cómo arreglarlo. Sin ir más lejos, al tercer día, andá a saber qué toqué, porque estuve una semana haciendo tornillos manualmente hasta que la arreglaron. Aprendí a usarla en un mes más o menos y era un cambio increíble. A los 5 meses me dijeron que me iban a ir aumentando el salario pero iba a seguir en ese puesto, porque los siguientes eran administrativos y necesitaba tener secundaria completa para tener la autorización.

“Pero eso que dijeron por suerte fue mentira. A los 10 años más o menos me pidieron que ayudara con las cartas de impuestos e insumos. En ese tiempo ya mis hermanas eran más grandes y ya podían cuidarse mejor por sí solas, así que tenía tiempo para estudiar matemática, y así aprendí, a sumar, restar, dividir y multiplicar, con un poco de ayuda de una calculadora, claro... Pasó el tiempo y si bien no me disgustaba estar en la oficina, cómodo, prefería estar ese oscuro y sucio taller lleno de olor a metal, gente de guardapolvo de trabajo, así que le dije mi problema al jefe y me mandó de nuevo al torno, la primera máquina mecanizada de la industria que ahora es la que más materiales exporta al exterior. Bueno, dale, ahora andá a dormir que tenés clases Marquitos.”

- Chau abuelo...

Lo que solía ser

Solía ser un lugar ruidoso, siempre hubo mucho movimiento alrededor. Lo que sentía en aquel lugar me aterrorizaba, cómo algo inocente y humano pasaba a la desesperación lentamente. Yo no quise lastimar a nadie, pero no podía hacer nada. Ahora así es como estoy, en el suelo, con mis partes metálicas oxidándose de a poco en medio de toda la ruina.

Todo comenzó cuando un día alguien me construyó, me empezaron a llamar “Máquina textil”. Me llevaron a un lugar lleno de máquinas que, al igual que yo, teníamos un único propósito: tejer y tejer. Al principio sentía cómo las manos que me tocaban se terminaban pinchando y lastimando debido a que no sabían cómo funcionaba. Pero a pesar de todo, seguían intentándolo. Así, hasta que aprendieron y ahora lo hacían con más fluidez y sin descanso. Era todo el día hacer lo mismo.

A lo largo del tiempo yo aprendí a sentir las vibraciones de las manos. Fue entonces cuando conocí unas manos de una mujer que eran robustas, llenas de callos. Éstas emitían una calma y una fatiga increíbles. Parecía que, si en un momento estas manos paraban de tejer, se desmoronarían del cansancio. Así fue día tras día. De a poco, éstas, empezaban a temblar. Sentía cómo su temperatura aumentaba cada vez más, hasta que dejaron de tener eficacia, hasta que en un momento la mujer se había quedado inconsciente. Allí conocí a alguien más, sobre mí se apoyaron unas manos grandes y ásperas que emitían una vibra de

superioridad como la de un capataz. Estas emitían un enojo desbordante y rabioso. No era para nada agradable, ya que en un momento apartó a la mujer de mí, arrojándola al suelo. Nunca mas la volví a percibir.

Desde ese incidente, al día siguiente, alguien ya me estaba ocupando otra vez, pero esta vez eran unas manos pequeñas y simpáticas, eran las de una niña. Estas se encargaban de tejer, pero a pesar de eso yo sentía cómo su vibra me decía que les gustaba hacer travesuras. Como a pesar del cansancio que presentaba ella siempre intentaba buscar un ritmo, sentía mucha calidez de su parte, yo sabía que a ella no le gustaba hacer todo ese trabajo, pero no podía dejarlo. Ella sentía la obligación de continuar, yo sentía cómo con todas sus fuerzas ella por dentro decía *“Quiero que mamá esté orgullosa de mí.”*, *“Quiero ver la reacción de mamá cuando vea el pan que voy a comprar”*.

Estas palabras le daban aliento para continuar con su labor. Cada tanto, parecía que ella hacía una broma o decía un chiste porque había veces en las que ella perdía el ritmo y ahí estaban de vuelta... aquellas manos grandes y ásperas, que la ponían en su lugar de inmediato. Entonces ella volvía a su rutina agitada. La niña pasaba de emitir una gracia risueña a una tristeza y miedo, sus lágrimas sollozantes no paraban de salir. Nunca más quise sentir eso, era horrible. Cómo algo tan inocente y bondadoso se desgastaba de a poco.

Yo compartía el dolor con aquella niña. Cada día que pasaba sus manos se volvían cada vez más flacas y frágiles, era casi como si cualquier movimiento erróneo la pudiera quebrar. Al final de cada día yo sentía cómo ella sostenía con frustración una moneda que le arrojaban como paga. Así a

la larga ella fue perdiendo fuerza, su trabajo se hacía cada vez más lento y débil, sus manos temblaban del hambre que tenía, pero ella continuaba.

Hasta que aquel hombre la terminó echando poco tiempo después. Yo sentía tanta impotencia y conmiseración. Pero no podía hacer nada.

Así fue como otra vez, alguien terminó ocupándome. Esta vez era una mujer bastante joven. Su piel era tan suave y grata como el algodón, sus manos me decían que era una persona dócil y apacible. Nunca había conocido tales vibras. Yo sentía cómo ella carecía del calor materno desde ya hacía mucho tiempo, podía presenciar el deseo que emitía de proteger a sus hermanos, ella emanaba mucha responsabilidad y amor por ellos. Esa era la única razón por la cual ella estaba en este lugar.

Yo no quería sentir caer los pétalos arrancados de un pimpollo aún no florecido. No quería saber cómo la suavidad de sus manos se empezaría a deteriorar de a poco. Pero su forma tan gentil de trabajar, sus movimientos tan perfectos y fluidos, me hacían sentir bien. Después de un par de semanas, volvió aquel hombre... Yo tenía miedo de que algún día acabaría haciéndole daño, no quería que él profane su sublime gentileza. Cuando él había apoyado su mano grande y áspera encima de la suya, en ese momento, sus vibras se tiñeron de miedo, yo podía sentir cómo con todas sus fuerzas ella por dentro pedía ayuda a gritos, pero no emitía resistencia alguna. Sus gélidas lagrimas caían encima mío. En aquel momento me horroricé de cómo ella, por amor a sus hermanos, podía soportar todo tipo de abuso y continuar en aquel espantoso lugar, que parecía un callejón sin salida.

Así, dejando pasar varias semanas, yo sentí que ella llevaba un bebé dentro suyo. Ella trató de ocultarlo por un tiempo, hasta que en unos meses más, su panza era bastante notoria. De ese modo, aquel hombre la terminó echando del lugar.

Ya no podía más, solo imploraba que en algún momento todo esto parase de una vez. Fue entonces cuando conocí unas manos jóvenes, de un muchacho que desbordaba una vibras de adrenalina y miedo. Eran unas manos ásperas y delgadas, se notaba en ellas su destreza en el ámbito del trabajo. Yo sentía cómo él esperaba algo, esperaba con mucha ansiedad a alguien. Pero ese alguien no parecía ser una sola persona, sino que era un grupo muy grande. Y cuando estos llegaron, él me terminó empujando de alguna forma al suelo. No entendía bien lo que pasaba, solo notaba las vibras que emitía el suelo. Sentía cómo había muchas pisadas corriendo a todos lados, cómo las máquinas caían, hilos y sangre por todo el suelo. Sentía cómo en un sector el fuego se avivaba y las llamas se esparcían por el lugar.

Yo empecé a pensar que tal vez se estaban rebelando, y no me equivoqué, lo que tanto quise que acabe finalmente acabó. El lugar terminó abandonado, yo me quedé en el suelo, en medio de la ruina, mis partes metálicas se oxidaban lentamente, ya no hacía falta sentir nada.

Tras el paso de muchos años, volví a sentir unas pisadas en el suelo, sentía cómo levantaban todas las cosas y limpiaban el lugar. Así fue como me recogieron del piso, me llevaron a un lugar donde fundieron mis partes metálicas y las pulieron. Ahora tenía otra forma y otro nombre, me volvieron a llevar para aquel lugar. Pero era raro, porque ya no sentía que alguien me esté ocupando; sin embargo, yo ejecutaba el trabajo y mucho

más rápido que antes. Ya no presencié más vibras de desesperación y agonía. Ya podía estar en paz, sin nunca más sentir sembrar el miedo de aquellas manos grandes y ásperas.

El tiempo ha cambiado, este solía ser un lugar ruidoso, lo sigue siendo. Pero esta vez... Es diferente.

Sumar

Mira cómo desperdician su suerte... Si tan solo estuviera en su lugar, estaría tan feliz. Pero bueno, tengo que vivir esto jeje.

No me presenté, soy Mateo. Nací en las calles, no tengo idea de cuál sea mi apellido, yo solin me puse Mateo. Lo escuché una vez en la tele que hay en los locales que venden todas esas cosas electrónicas que me encantan.

Bueno, vuelvo a dónde estaba. Andaba caminando por una escuela técnica, no encontraba cómo se llamaba, solo vi que tenía un auto en la entrada.

Había unos chicos yendo para una de las puertas, diciendo entre ellos "dale boludo, vamos al shooping así no aguantamos al pelado"; ¿cómo se les puede ocurrir ratearse? Chicos, media pila. Eso ya es cosa del pasado.

Si tan solo supieran lo que es una vida sin colegio. Me fui de ahí enseguida, me dio mucha bronca la situación.

Volvía para el callejón donde tengo mis cosas (no tenía más que un colchón sucio y un cajón que encontré una vez, ya que me roban todo cuando no estoy), y en el camino me topé con un tacho de basura bastante raro. Nunca lo había visto.

Chusmeé que había dentro, y encontré una mochila súper gorda que me llamo mucho la atención. La revisé y encontré como diez libros que

hablaban sobre máquinas, como tornos, fresadoras, balancines, y ¡un moooooonton más!

Las llevé a mi "cuartito", y me senté a leer con la linterna. Me emocionaba con cada letra, y si encontraba alguna palabra que no entendía, tenía a mi queridísimo diccionario.

Cuando terminé de leer todos, revise mejor la mochila. En un bolsillo pequeño y escondido, había una especie de agenda. Parecía que tenía unos pares de años encima. La empecé a revisar. Tenía un montón de fórmulas y planos, en tamaños chicos. Increíble!

Estaba escrito con un idioma raro. Tenía la forma de la letra árabe pero no era árabe. Ash! No sé cómo explicarlo. Un idioma raro.

Como ya se estaba haciendo de noche, me tapé con la frazada que me regaló una señora el día anterior. Muy amable. Se lo agradezco muchísimo Mirta! Y bueno, a dormir.

Me levanté con la boca súper seca. Agarré la agenda y salí a buscar un kiosco o local donde me den agua gratis. Por suerte encontré uno en la esquina del callejón, el chico me regaló un sándwich también. ¡Hoy empecé con el pie derecho!

Luego de comer, fui para la biblioteca. No me querían dejar pasar porque "tenía mucho olor", señores, un adolescente larga mucho olor, deberían acostumbrarse..

Después de más o menos rogarle, pude pasar. Fui a buscar un libro donde expliquen varios idiomas. No encontré nada. Le consulté a la

bibliotecaria como podía averiguar qué decía. Era súper copada y amable. Empezamos a hablar. Le conté mi posición. Nací en algún hospital, y mi mamá me dejó en un hogar de tránsito. Me escapé porque me pegaban y... Bueno, demás cosas feas. Y acá estoy al día de hoy.

Se puso a llorar cuando le expliqué. No lo podía creer.

Hablamos de tantas cosas que nos perdimos de lo principal. Le sacó fotos a la agenda y lo tradujo. Y como era previsto, era un idioma rarísimo. No se podía ni escribir.

Lo que decía se basaba en la construcción de una máquina que juntaba todo tipo de reciclables y los convertía en lo que vos querías. Vos pedías que te dibujen algo, y como que lo "imprimía"... Como un torno o fresadora CNC (control numérico computarizado), y ahora es muuuuy complejo de explicar cómo funciona ya que nunca ví uno jaja.

Quedé fascinado en poder fabricar esa máquina. Solo la sensación de tener la base para construirla. ¡Qué lindo!

La bibliotecaria, que resultó llamarse Blanca, me invitó a su casa ya que pronosticaban lluvia para la noche. Sentí vergüenza pero no le dije que no.

Fuimos y me enseñó su garaje, donde tenía un montón de herramientas y materiales de todo tipo. Me explicó que eran de su marido que había fallecido, y se puso media solloza. Quise cambiar el tema y le pregunté si podía dormir ahí. Me dijo que sí y me llevó un colchón ahí. Me trajo un plato de fideos con una botella de jugo y se despidió. Le agradecí cada segundo que pude.

Como siempre, no pude dormir.

Agarré la traducción de la agenda y comencé a hacer una maqueta de la máquina. La bauticé "Jueces" porque los dos (o sea, la máquina y yo) decidíamos qué hacer. Hice todo lo que me dio el cuerpo y me fui a dormir.

Al otro día me despertó Blanca con una chocolatada y galletitas. Estaba súper sorprendida de lo que había hecho. Gracias biblio, hago lo que puedo jaja.

No paraba de recalcarle el muy buen trabajo que pude hacer con algunos recursos. Me llenaba el alma con cada palabra.

Pasaron años y yo vivía con mi mamá. Me dejó estar con ella y bueno, no me dejó irme después! Estaba cursando mis estudios secundarios en el Casal Calviño, que era la escuela donde tenía un auto en la entrada. Resultó ser el proyecto del colegio para participar en un concurso. Y ganaron, se fueron de viaje y todo. A mí no me llamaba la atención los autos.

Ordenando mi cuarto, encontré esa agenda de la basura. Esa que decía cómo construir la máquina reciclable. La guardé en la mochila y lleve el proyecto a mi colegio para ver qué decían. Toda la dirección me miró, se miraron entre ellos, me volvieron a mirar y dijeron "Vamos a taller"

Terror en Appliances

Daniel había oído el ruido mientras dormía en la silla.

Se despertó, sobresaltado, y chequeó las máquinas que tenía frente a él: las máquinas no estaban encendidas, y tampoco parecían haber ocasionado ese ruido, indescriptible, mezcla de un alarido y de un derrumbe.

Daniel trató de tranquilizarse, y se mantuvo despierto. Estaba en la fábrica en la que le habían ofrecido una posibilidad de empleo: su obligación era asegurarse de que todo marchara bien por la noche.

Días antes, el dueño de la fábrica le había explicado cuál era la causa de la inspección:

—Muchas gracias por su visita y por su interés en el empleo, Sr. Daniel. Si me permite, voy a ir directamente al grano: según afirman los vecinos, hay rumores de que en esta fábrica, sobre todo por las noches, se oyen pisadas, chillidos y ruidos, provenientes de las máquinas, que a esa hora deberían estar desactivadas. También se rumorea que un espectro se hace visible en las ventanas del primer piso.

Daniel, que no había dado importancia a las advertencias del dueño, intuyó, tras haber oído tales ruidos, que los rumores tenían cierto asidero.

Mirando a todos lados, Daniel recorrió nerviosamente el pasillo y tomó el ascensor: quería examinar el primer piso.

Abrió, con esfuerzo, las chirriantes puertas tijera del ascensor y se encontró con un descuidado sector de elaboración de heladeras. Nadie se había preocupado por mantener el lugar limpio y accesible. El mal estado del lugar invitaba al descuido.

Un escalofrío recorrió su espalda cuando vio la máquina gigantesca que había en el centro de la sombría oficina: tenía un aspecto vetusto, de grisácea herrumbre, y desprendía un fuerte olor a azufre. Tapándose la nariz, Daniel revisó atentamente el lugar y encontró, pegada en el cristal, una hoja donde podía leerse:



Descanse en paz, Alan

¿Quién era Alan? ¿Cómo había muerto? La curiosidad lo obligó a revisar los papeles desprolijos y amarillentos que había sobre la mesa.

Tomó uno y lo leyó, con torpe avidez. Luego siguió con la siguiente hoja. Y la siguiente. Y la siguiente. Hasta que encontró un recorte periodístico:

*Miércoles 19 junio de 1997 **Accidente y tragedia en la fábrica Appliances***

Un obrero de la fábrica Appliances de esta localidad, Alan Rodríguez, de 27 años, quedó atrapado en una de las máquinas del primer piso, y murió pocos minutos después. Los compañeros de la víctima relataron que Alan se metió en a la máquina para retirar una heladera, que presentaba fallas en el ensamblado, y quedó atascado, por lo que murió casi instantáneamente.

Sus restos serán velados el viernes 21, en la sala velatoria Santa Juana, en el barrio porteño de La Boca.

Fue al terminar de leer el artículo, cuando Daniel oyó forcejeos provenientes del interior de la gran máquina. Giró levemente su cabeza y se topó con un hombre de aspecto pútrido: con la piel pálida, carcomida y los

ojos inyectados en sangre, cuyas manos, sin piel, se acercaban, amenazantes al cuello de Daniel, queriéndolo estrangular.

Al día siguiente, los trabajadores ingresaron a la fábrica pero, al notar la ausencia del sereno, algunos de ellos subieron al primer piso.

Lo que encontraron era realmente pavoroso: Daniel yacía muerto en el suelo. Su cuello presentaba marcas de rasguños y moretones; sus ojos, inyectados en sangre, y sus manos crispadas, expresaban horror.

Como los que están detrás de usted, querido lector, evaluando su cuello, con codicia. Sí. No existe la más mínima duda: las manos que reptan hacia sus hombros, constrictoras, son las de ese hombre espectral.

Elecciones

-Agustín.... Agustín- murmuró una voz. Agustín la reconoció al instante, y su cerebro comenzó a salir del letargo del sueño hasta que pudo abrir lentamente los ojos y ver las paredes blancas y las pantallas que componían su habitación.

-Buen día Sheila-dijo

-Buen día- respondió la voz- ya es hora de irse a trabajar.

Agustín se levantó. Su plataforma lo trasladó hasta la cocina, recorriendo todo su apartamento. Era pequeño, monótono. Podría decirse que frío. Pero todo funcionaba a la perfección, y de la forma más cómoda, permitiendo que él sólo tuviese que realizar los esfuerzos mínimos

“Se han terminado algunos artículos” anunció el refrigerador “Si usted desea que nuevos artículos sean encargados a la tienda, presione aceptar”.

Agustín, aún somnoliento, siguió las instrucciones y esperó su desayuno.

- ¿Sabes, Sheila? Tuve un sueño extraño-comenzó Agustín.

- ¿Quieres contármelo? - replicó la voz. Era una voz dulce, seductora. Parecía estar en constante vaivén, alternándose y saliendo siempre de un lugar distinto. Agustín sabía, por supuesto, que esto se debía

a que la voz de Sheila nunca salía del mismo altoparlante, si no que se iba moviendo por su sistema operativo. Pero, aun así, nunca podía evitar la sensación de estar a la deriva cuando hablaba con ella.

-Sí, pero antes ¿podrías llamarme un auto?- contestó Agustín antes de iniciar el relato.

Media hora después, salía de su casa y entraba en el auto que había pedido. Como siempre, viajó sólo; viendo, de vez en cuando, algunos tripulantes en autos que se adelantaban al suyo. Mientras miraba por la ventanilla, Agustín pensaba en Sheila. Pensó en la relación que tenía con ella, lo mucho que se conocían mutuamente. Le hubiera gustado poder verla alguna vez. Sabía que era ridículo, trataba de no pensar en ello, pues sabía que ella era sólo una programación. Pero no lo sentía de esa forma, sentía como si fuese mucho más que eso.

El sonido de una alarma distrajo a Agustín de sus pensamientos, haciéndolo centrarse en la realidad nuevamente. Miro a su alrededor. Aún no habían salido del barrio de los operarios. Siempre le había dado la impresión de que era un barrio blanco. Todo era tan pulcro. Uno sentía como si todo a su alrededor hubiese sido esterilizado, como si todo tuviera un perfecto orden imperturbable. Rara vez se veía a alguien caminando en él. De todas formas, era uno de los dos únicos barrios así. Eran los barrios donde vivían los operarios y, puesto que sólo había uno por fábrica, eran muy pocos.

En ese momento, Agustín se percató de que estaba llegando tarde. No quería que el vigilante lo notara, sabía que se daría cuenta por la

ubicación de su celular. El vigilante siempre lo notaba todo. Su programación era tan avanzada, que controlaba todas las fábricas y a sus operarios al mismo tiempo.

-Más rápido-le dijo al auto. Una voz mecánica accionó el acelerador, haciendo que el automóvil avanzara más rápido hasta que, finalmente, el auto se detuvo y Agustín bajó de él.

Comenzó a caminar lo más rápido posible el trecho que lo separaba de la fábrica. Miró hacia arriba, el cielo mostraba un presagio de lluvia. Cuando estaba a unos pasos de la fábrica se paró en seco. Frente a la fábrica había algo desconcertante.

Envuelto en una manta raída, junto a un perro flacucho y orejón, había un anciano acostado sobre unos cartones. Parecía estar refugiándose de la inminente lluvia bajo una saliente del techo de la fábrica. Al sentir los pasos de Agustín, el anciano, que aparentemente dormía, despertó bruscamente y lo miró. Era una mirada cansada, pero cargada de intensidad. Agustín podía sentirla como algo concreto, distinto a las voces a las que estaba acostumbrado. Se sintió como ante una descarga eléctrica. Quedó petrificado. Era una mirada humana. Lo que había ante él era un ser humano.

Agustín trató de evadirse de esa mirada, bajando los ojos y corriendo lo más rápido que pudo hacia el interior de la fábrica.

A lo largo del día, mientras vigilaba la fábrica y hacía funcionar los operadores, lo único en lo que podía pensar, por más que tratase de evitarlo, era en el anciano. Jamás había visto alguien de esa edad, no sabía siquiera

de su existencia. Además, le parecía extraño ver un callejero allí. Sabía que tenían sus propias zonas, en otras partes de la ciudad. Lo asaltó el pensamiento de lo acotado que era su conocimiento de lo que lo rodeaba, se dio cuenta de que fuera del barrio de los operarios y la zona fabril no conocía nada, ni el barrio de los propietarios (que le estaba vedado) ni la zona que rodeaba la ciudad.

A la tarde, Agustín apagó la máquina. Hizo un ruido ensordecedor al apagarse. Se quedó mirándola fijamente, abstraído en esa figura colosal que tenía ante sí. Miró con fascinación el metal brillante; le parecía sorprendente que seres humanos tan pequeños como él hubieran podido crear ese gigante de acero.

El aire olía a metal. Agustín miró a su alrededor; el galpón, inmenso, hacía sólo unos segundos producía una mezcla de sonidos que hacían imposible escuchar cualquier otra cosa. Ahora no se escuchaba nada. Levantó un poco la vista, mirando hacia adelante. Todos los operadores reposaban en la quietud más absoluta, congelados en el último movimiento que habían hecho. Vistos así, casi parecían humanos. Su apariencia era la de unos, pero era triste para Agustín pensar que no lo eran verdaderamente, que por dentro sólo eran cables, chips programados para un trabajo específico que les había sido asignado y del que no podían escapar. Y que, sólo con que él presionara un botón, quedarían suspendidos en el tiempo.

En ese momento, Agustín se sintió invadido por una soledad arrasadora. Recorrió el galpón una última vez antes de salir.

Una vez fuera, lo recibió el aire frío de la noche. A pesar de ser una zona industrial, no cesaban de reproducirse anuncios por todas partes, en las pantallas luminosas que invadían la zona fabril ya desde hacía tiempo. Estaba comenzando a llover. Miró a su alrededor, buscando algún indicio del hombre que había visto a la mañana. Al no verlo, sintió como si un peso enorme lo hubiera abandonado, la duda, la incertidumbre, los pensamientos que le había causado ver a otro ser humano. Podía volver a su comodidad cotidiana.

-Señor-la voz se escuchaba desde detrás de él. Era una voz cascada, pero firme. También cálida. Agustín se heló, no se atrevía a girarse- ¿tiene algo para comer? - Agustín se volteó lentamente, sentía sus miembros como si estuvieran entumecidos. Estaba pálido, sudoroso. Quería salir corriendo, y a la vez quedarse, estar con otro ser humano.

-No- farfulló Agustín.

Abrió su paraguas y comenzó a caminar, tratando de alejarse. Cada vez llovía más. Antes de doblar la esquina, Agustín miró para atrás. El anciano había vuelto a refugiarse en la saliente del techo, y lo miraba. Agustín sintió, de forma indudable, auténtica, el peso de esa mirada, el frío y el hambre que estaba sintiendo el anciano. Sentía como si hubiera un lazo entre él y ese hombre desconocido. Lo miró detenidamente. Su ropa estaba hecha jirones y no tenía zapatos. A su lado había un bulto, aparentemente una mochila gastada. Agustín trató de voltearse para seguir caminando, pero se quedó quieto. A su alrededor se escuchaban las gotas de agua cayendo sobre el pavimento. Miró a su alrededor, la acera mojada, los anuncios luminosos, la basura de la fábrica acumulada en las esquinas.

La lluvia no amainaba, si seguía lloviendo el anciano no tardaría mucho en mojarse. En ese momento, Agustín sintió que tenía que hacer algo. Se volteó deicidamente y comenzó a caminar hacia la fábrica.

-Señor –Agustín llamo al anciano con voz titubeante.

Este levantó la vista y lo miró nuevamente, con ojos atónitos. Agustín bajó los ojos.

-Si lo desea, adentro hay un lugar donde puede quedarse, al menos por esta noche.

Agustín hablaba muy bajo. Evidentemente, estaba nervioso. “De todas formas, solo yo puedo entrar en la fábrica y la supervisión no llegara hasta la semana que viene. Además, el vigilante estará a esta hora apagado” pensó Agustín.

El anciano se paró torpemente, visiblemente conmocionado por propuesta. Tenía una expresión agradecida, pero también desconfiada. Se notaba en su expresión que hace mucho nadie presentaba interés por el o por ayudarlo, y que este interés repentino lo sorprendía y alarmaba.

-Se... se lo agradecería- Había algo en la voz del anciano que la diferenciaba de todas las oídas anteriormente, sobre todo de la voz de Sheila o de los demás programas. Una especie de calidez, de contacto.

Agustín se dirigió a la puerta de la fábrica, registró su huella digital y entró. Miró hacia atrás y vio al anciano entrando a la fábrica, seguido del perrito. El anciano caminaba encorvado, con un andar fatigado. Una vez

adentro, se quedó parado, mirando a su alrededor el galpón inmenso.
Parecía perplejo.

-Antes, yo trabajaba aquí- Murmuró.

Agustín se volteó. Lo miró estupefacto.

- ¿Era el operario anterior de esta fábrica? - dijo

- ¿Operario? No. Era un obrero

Agustín lo miraba en silencio.

- ¿Qué es eso? -preguntó con voz desconfiada.

-Todo lo que ahora hacen estos...bueno, en mi época, les decíamos robots-respondió señalando a los operadores que llegaban a verse en la penumbra del galpón. Parecía hacerle gracia la ignorancia de Agustín, pero al mismo tiempo, parecía entristecerle notarla. -Todo lo que hacían ellos, antes lo hacíamos nosotros. Éramos muchos trabajando en esta fábrica. Cerca de 100- concluyó el anciano, mirando fijamente el interior del galpón.

Agustín comenzaba a sentirse ridículo. El anciano debía estar mintiéndole. O quizá estaba loco ¿100 personas trabajando en una fábrica? ¿Para qué, si no era necesario más de una? El anciano pareció notar la incredulidad de Agustín. Se agachó y abrió su mochila. En el fondo, había una pequeña bolsa con papeles. El anciano los sacó y se los tendió a Agustín.

-Mire-dijo

Agustín los tomó y comenzó a verlos. En los papeles se veía ese mismo galpón, pero, para sorpresa de Agustín, estaba lleno de gente en el lugar de los operadores, haciendo distintas cosas. Estaban extrañamente vestidos, con prendas azul oscuro. Agustín estaba perplejo.

-Pero ¿qué pasó con toda esta gente? - preguntó Agustín, con un hilo de voz, mirando a su alrededor.

El anciano bajó la vista y señaló rápidamente a los operadores. Una lágrima corrió por sus mejillas. Se sentó en el suelo, y suspiró.

-Cuando llegaron ellos-comenzó a contar, señalando nuevamente a los operadores y sin levantar la vista- uno por uno, nos despidieron. Ninguno hizo nada por los otros, hasta que nos fue tocando a todos, y no quedó nadie. Nos fuimos a las afueras, los que quedamos. Estamos todos como yo.

Agustín sentía como si las palabras del anciano lo dañaran, con un dolor casi físico.

-Nos dijeron que no servíamos tanto como las máquinas -continuó el anciano

- ¿Quiénes? -inquirió Agustín.

El anciano levantó la vista y arrugó el ceño

- ¿Cómo quiénes? Los propietarios, trabajas para ellos ¿nunca te preguntaste para quién trabajabas?

Agustín se dio cuenta de que, realmente, no sabía. Sólo sabía que una vez al mes le daban dinero para gastar en diversiones y en lo necesario para vivir.

-Son muy pocos, pero son dueños de todo. Tienen casas en el barrio al norte de la ciudad.

- Pero... ¿Por qué? -preguntó Agustín. Poco a poco, su perplejidad iba tornándose en rabia. Sabía, aunque jamás hubiese ido, que ese barrio tenía comodidades que ni siquiera él podía imaginar, sabía que las viviendas eran gigantes. Y, en cambio, el anciano no tenía nada. Agustín comenzó a pensar en cómo sería no tener nada.

De pronto, su rostro se ensombreció. Todo lo que tenía, lo tenía porque era un operario. ¿Y si el vigilante notaba la presencia del anciano? ¿Y si lo echaban de la fábrica? Se vería en las mismas condiciones que el anciano, no tendría nada, perdería todas sus comodidades. ¿Qué pasaría con Sheila? Miró detenidamente al anciano ¿valía la pena arriesgarse por él? ¿Quién era, después de todo? ¿Qué importaba que fuera humano?

Un sudor frío corrió por la frente de Agustín. Estaba atemorizado. No entendía cómo era posible que se hubiera arriesgado tanto, sólo por otro ser humano. No entendía nada de lo que había sentido, se sentía ridículo. Miró nuevamente al anciano. Tenía que irse.

-Agustín.... Agustín- era la voz de Sheila.

Agustín despertó. Comenzó a rememorar los hechos del día anterior, como si de un sueño se tratase.

-Buen día Sheila.

-Buen día. Ya es hora de irse a trabajar.

De nuevo la misma conversación de todos los días, de nuevo las mismas paredes blancas, la misma ciudad quieta y monótona. De nuevo su vida quieta y monótona. Por un instante, Agustín sintió el puñal de la duda, y el de la culpa. Sabía que el día anterior había tenido la oportunidad de cambiar todo. Sabía que había elegido seguir sirviendo a los propietarios, los mismos que le habían hecho eso al anciano. Al que él había echado. Fue sólo un instante, después no quedó nada.

La plataforma lo trasladó hasta la cocina.

Después de todo, tenía lo que importaba, las comodidades. Tenía a Sheila. ¿Para qué querer a otras personas? Existían las programaciones, las máquinas perfectas que le hacían la vida más fácil, más cómoda. Y existían sólo para él.

No se arrepentía de lo que había hecho. ¿Por qué arrepentirse?

Otra Semana Más

“Una Mente Ansiosa”

Buenos Aires, enero, 1919

Dos años desde que volví a Buenos Aires y ése era el primer trabajo que conseguía. Sentía la necesidad de mostrar algo de ímpetu por si se daba el caso de que me dieran un cargo en la fábrica al terminar la tarea; pensaba que como siguiera sin trabajo para febrero tendría más problemas de los que ya tenía, pero siempre me tiraba abajo pensando: ¿quien quisiera contratar a un alcohólico sin remedio? La única razón por la que estaba ahí era por ese papel que decía Zúrich, el cual ni siquiera podía sentirme orgulloso de tener, ya que solo fue por un intercambio, no por mérito propio. He aprendido más encerrado en un taller que en una universidad pero eso a nadie le importa, el punto es que si no fuera por ese papel nada de esto hubiera pasado.

“Repasemos el plan” me dije.

El lunes 7 tengo que levantarme a las cuatro. Me van a estar esperando abajo con un auto, seguro cedido por la policía para ayudar con la situación. Iremos hasta la fábrica, me instalaré, les haré un diagnóstico del problema y veré si puedo arreglar algo yo mismo.

Lo raro es que también quieran que me quede de sereno en la fábrica; un lugar tan grande como ése no tiene pinta de quedarse solo nunca. Pero bueno, quizás contratan un sereno solo por una semana sea un estupidez, creo que llevan ya un tiempo de paro. Tampoco es su culpa, no sabían cuánto duraría el corte. A fin de cuentas me da igual que me contraten solo por una semana, si con tanta plata sobre la mesa es un despropósito darle vueltas. Después de todo pierden 20 veces más de lo que me pagan con esas máquinas apagadas.

Me pregunto si conoceré al jefe, al Sr Vasena, ¿estará el día que me lleven a la fábrica para abrirla? Un tipo como él no se encarga de esas cosas, para algo tiene a los otros dos.

Preparé una mochila la noche anterior; en ella guardé algunos de los libros de teoría que traje de mi viaje, un cuaderno para anotar con algunos lápices, un caja de herramientas muy básica (pensando que el resto lo tendría ellos allá) y un libro que me había regalado mi hermano hace ya un tiempo. La verdad es que en el fondo pensaba que ni podría abrirlo ya ocupado trabajando. Los dos tipos con los que había hablado me dijeron que no podría por ninguna razón dejar la fábrica sola, así que preferí no lamentarme de no llevar nada para leer una vez adentro.

Justo antes de cerrar el bolso y tomar mis herramientas, miré hacia un lado, vi mi petaca a medio llenar y antes que pudiera pensarlo dos veces la guardé en la mochila cerrándola como si algo fuera a escaparse de adentro. Creí que había llegado al punto en el que entendía mi problema pero también sentía que era inútil abstenerme, pero prefería simplemente no pensar mucho en ello.

Esa noche no comí mucho, me fui a acostar con un pensamiento fijo en la cabeza “¿Qué se supone que voy a comer mañana?”. Me parecía estúpido no comer ese día pensando en el siguiente; pero así funciona yo.

Ya acostado me puse a darle vueltas a muchas cosas. Nunca me acostaba tan temprano. Casi siempre me desmayo sobre la cama cuando no aguanto más; nunca tengo tiempo de pensar acostado, es una manera bastante buena de perder el tiempo que no conocía.

“Tan temprano y tan tarde”

Me levanté pensando en que iba a decirles cuando los viera, como los tenía que saludar. Intentaba pensar en algo, mientras me preparaba un café, pero mi mente se fugaba a ninguna parte y terminaba en el mismo lugar donde empezaba; personalmente estas horas no son muy buenas, mi cabeza no funciona muy bien, aunque si lo pienso mejor a ninguna hora lo hace. Y menos un lunes.

En ese momento no sabía dónde me estaba metiendo.

Bajé las escaleras del edificio pensando cómo había llegado allí. Si mal no recordaba mi hermano una vez había trabajado con ellos y les dejó mi contacto para que a la hora de buscar un ingeniero eléctrico me llamaran. Nunca le agradecí por ello.

Cuando abrí la puerta del edificio solo vi oscuridad. La ciudad estaba ennegrecida, faltaban unos minutos según mi reloj, así que decidí esperar ahí parado. Las ansias me carcomían.

A esta hora la ciudad no es lo mismo, las luminosas calles llenas de gente se convierten en sobrios pasajes lúgubres que parecen ir a ningún lado; hasta edificios enormes como las iglesias se ven pequeños comparados con la inmensidad de la oscuridad.

De repente vi un auto a la lejanía con sus características luces blancas. Paró a media cuadra; de él bajaron dos hombres que conocía: Morales y Martínez (MyM), ambos capataces de la fábrica. Uno del personal y otro de la producción. Los había conocido hace ya unos días; ellos vinieron a hablar conmigo acerca de su problema con el tendido eléctrico de la fábrica. La verdad es que eran un dúo bastante cómico y se ve que disfrutaban de su trabajo; después de todo son los jefes mientras el verdadero no está. Morales es el más callado de los dos, un tipo serio y centrado, mientras que Martínez parece ser el cómico y hablador, es a la vez el que le pone el pie a Morales para que él sea quien diga las cosas, como si Morales fuera el payaso triste. Aun así, ambos tienen una dinámica de dúo bastante carismática.

Nos saludamos con la mano. Ellos repitieron sus nombres después del saludo pensando que no los recordaría, lo raro es que lo hayan repetido en el mismo orden que la última vez.

“Hola, Morales” –Y me extendió la mano.
-“Martínez” -Asintiendo con la cabeza.

Caminamos hasta alcanzar el auto. Cuando me acerqué vi que tenía una bandera roja cubriendo el capot; saludé al chofer y me subí a la parte de atrás. Detrás de mí vinieron Morales y Martínez.

El auto arrancó, me esperaba un largo de viaje. No vivo muy cerca de la fábrica, pero el trayecto se me hizo más corto mientras los MyM me repetían enfáticamente lo que debía hacer: nunca salir de la fábrica y no abrir las rejas de la misma. También me dijeron que tendría una caja de enlatados para comer y que dormiría en uno de sus despachos. El de Martínez, para ser exactos, que quedaba más cerca del taller.

Aproveche el tiempo para mirar por la ventana; me entretenía el pensar como estas calles en tan solo unas horas estarían bien transitadas. Ni siquiera los quioscos de diarios estaban abiertos todavía.

De un momento para otro Martínez me miró y dijo:

-A usted le gusta la bebida -con una voz picara

Le respondí que a quien no; él me miró en silencio y lo rompió diciendo que guardaba una botella de ron para festejar, y me prometió que si todo salía bien para el próximo lunes brindaríamos juntos.

Morales sonrió sin decir nada.

Durante el viaje el sol de enero empezó a asomarse. Vi mi reloj: eran las 5. A lo lejos podía ver una estructura grande como un castillo inconfundible que resaltaba más que las otras.

El auto nos dejó a tres cuadras. Las tuvimos que caminar para no llamar la atención, todavía era temprano y no se escuchaba ningún ruido, por lo que supuse que la huelga estaba durmiendo. Una cuadra antes de llegar, alguien que parecía ser policía o de la liga se nos acercó, saludo a MyM y luego a mí. Era un pibe joven, nos escoltó la cuadra faltante. Pensé

que habría una barricada o algo, pero al llegar no vimos nada. ¿Por qué nos escolta la policía?

Ya enfrente de la fábrica me detuve un segundo a admirarla por su tamaño, pero mi atención fue interrumpida por el “Vamos” de Morales.

Entramos por el portón de atrás, y caminamos por las calles de la fábrica hasta llegar al taller. Una vez dentro nos acercamos a la puerta del despacho, me dieron la llave y me dijeron que entrara. Apoyé mi mochila y mis herramientas en la mesa, Morales me señaló una caja de latas que había en el piso y me entregó un abrelatas junto con una linterna a pilas, esto acompañado de la frase “en este sector de la fábrica no hay luz, mirá que podés hacer”. A esto respondí con un suspiro interno que duro un largo rato, me molestó que ya dentro de la fábrica todo el carisma haya desaparecido.

Luego me dijeron que el baño del despacho estaba al fondo a la derecha y que si ocurría algo, el teléfono del portero, en la entrada principal, funcionaba. Además de esto, recalcaron una vez más, que no abriera las rejas del patio de la fábrica por razones obvias.

Tampoco es que tuviera las llaves, pero lo debieron decir por seguridad.

Me pidieron que los acompañe hasta la puerta donde el guardia los estaba esperando. Una vez en el portón trasero ambos me desearon suerte y me saludaron estrechándome la mano. Luego de que se fueran, volví lentamente hacia el despacho que me habían dejado. Cuando toqué la perilla de la puerta miré mi reloj, éste marcaba las 6 en punto. Empezaba el día.

“Primer Día”

La luz del sol se filtraba entre las ventanas de la fábrica. Decidí que lo primero que tenía que hacer era arreglar la corriente general del taller antes que cayera la noche, por lo que puse manos a ello. Entré al despacho y tomé la linterna, las herramientas, el cuaderno y un lápiz.

Saliendo del despacho vi la llave del suministro eléctrico general; una palanca grande con el mango rojo desteñado. De ella salían unos cables pegados a la pared. Los seguí por toda la fábrica y fui anotando el recorrido en mi cuaderno hasta que llegué a un punto donde éstos estaban cortados. Parecían estar desgarrados a la fuerza, no por una falla eléctrica sino más bien como si alguien los hubiera hecho trizas o arrancado de cuajo con las manos. Pero lo que me había desconcertado mas era que este fallo se repetía varias veces en el recorrido, de manera sistemática y además no había señales de que se hubiera quemado algo. Igualmente bajé la térmica y aunque me llevó algo tiempo, puenteeé cada uno de los cortes que había con algo de cinta aislante y un poco de cable, esto de manera provisoria para poder tener luz y trabajar más cómodo.

Cuando me aseguré que todo el recorrido del cable funcionaba, volví al despacho. Dejé mis cosas sobre la mesa y fui afuera a subir la térmica y la palanca general. De repente el bombillo que tenía justo encima se encendió. Sonreí aliviado. No quería estar en esta fábrica a la noche... y sin luz.

Luego fui a arreglar el motor trifásico de uno de los tornos que me habían dicho. Éste parecía estar fundido por lo que metí mano en el relé que

lo comandaba. Un escalofrío seco me recorrió el cuerpo; “¡Treten! ¡Treten!” me descubrí diciendo lo mismo que en el taller de Zúrich cuando un compañero dejó la térmica levantada. “¿Cuándo inventarán un dispositivo que conmute con un voltaje seguro?” grité, sabiendo que nadie me escuchaba.

Pasó el tiempo. Ya era el medio día, por lo que decidí tomarme un descanso. Fui adentro del despacho, busqué la caja con las latas de comida; la verdad no tenía mucha hambre, pero igual tomé una de atún y un tenedor que traía. La abrí lo más rápido que pude y vacié el agua salitrosa en la pileta del baño. Después salí del despacho casi corriendo a dar vueltas por la fábrica. No paraba de pensar en cosas que hacer mientras comía: tenía que cambiar las entradas eléctricas de las maquinas ,revisar los motores trifásicos de todos los tornos, fijarme que todas llaves eléctricas funcionen, etc.

De repente mi armónico pensamiento se vio interrumpido por un tiro que me dejó totalmente quieto en lugar donde estaba. Éste parecía venir del exterior de la fábrica, en la calle y justo después de eso pude escuchar el ruido de un tumulto de gente en la puerta. Subí por unos de los andamios hasta la parte de arriba de la fábrica, que tenía unas pasarelas y pude alcanzar los grandes ventanales. Me asomé, pero lo único que pude ver de reojo fue gente corriendo seguida por el sonido de una par de tiros. En ese momento supe que estaba pasando y dije: “La liga”. Luego escondí la cabeza por miedo a una bala perdida. Ya a resguardo me puse a pensar que habían hecho estas personas para merecer esto.

Un rato después el ruido paró y hubo calma. Me incorporé y me asomé por la ventana... no había nadie. No supe si alegrarme o entristecerme. Al mismo tiempo comprendí que quizás los cortes que había visto antes, los habían hecho trabajadores el mismo día que empezó la protesta. Sea como fuere, yo tenía un trabajo que cumplir. Decía esto y al mismo tiempo me consolaba pensando que si me habían contratado a mí, es porque tenían planeado volver a abrir la fábrica, por lo que tarde o temprano los trabajadores volverían a tener lo que les pertenece.

“Cae el Sol en la Fábrica”

Ya estaba atardeciendo. Habían pasado varias horas de lo sucedido antes. La luz del sol estaba dejando la fábrica. Me apuré a encender las bombillas a filamento que había arreglado esa misma mañana, es de esa manera que me preparé para descansar. Busqué mis herramientas desperdigadas por todo el taller para llevarlas al despacho y llevé la lata de atún a medio comer que quedaba del mediodía. Me encerré en el despacho y mi cena fue arvejas y atún mientras pensaba que iba a hacer mañana. Estaba sentado con las piernas sobre el escritorio pensando, cuando de repente se me ocurre abrir un cajón, el de abajo a la derecha para ser más claro, y en él encuentro la botella de ron que Martínez me había prometido. Ya estaba abierta por lo que pensé que nadie se daría cuenta si tomaba un poco, después de todo no tenía mi petaca llena y viendo como venían las cosas me debería durar toda la semana.

Estuve tomando en silencio hasta que escuché un ruido que venía de afuera del despacho. Un ruido parecido al de una puerta abriéndose. Salí temerariamente. Las luces estaban prendidas por lo que decidí investigar. De un momento para otro me encontré dando vueltas en las secciones de la fábrica. Ya haber visto tantas veces las mismas máquinas me estaba hartando. Había tantas y eran tan parecidas entre sí que se camuflaban como un árbol en un bosque. Vuelvo a escuchar el ruido pero por un lugar que ya pasé por lo que voy corriendo sin pensarlo. Debió ser el ron el que me permitió actuar sin pensar ya que en un movimiento que sigue siendo confuso para mí, me di vuelta repentinamente en un pasillo y pude ver una sombra negra moviéndose entre las máquinas. Empecé a perseguirla sin pensarlo, pero ésta era muy rápida e iba por lugares que yo no podía pasar.

Entendí que no la podía alcanzar, me rendí y dejé de correr mientras la sombra se perdía entre las máquinas. Intenté recuperar el aliento apoyado en el bastidor de una fresadora cuando las luces se apagaron por completo. Fue ahí cuando me invadió el miedo. La valentía que me había dado el ron se fue de un segundo para otro; de repente recordé:

“¡La linterna!... ¡la había dejado en el escritorio!”

Intenté volver sobre mis pasos y con un poco de suerte lo logré luego de chocar con todo lo que pudiera llevarme por delante. Entré en el despacho sin ver nada, tanteé el escritorio, toqué algo y escuché que se caían las herramientas. Seguí buscando la maldita linterna, de repente la toqué con la punta de los dedos y sin dudar la agarré y la encendí. Miré a mí alrededor y ese despacho desde el que se podía ver gran parte del taller se convirtió en una isla en medio de la oscuridad. Al fin.

Ya más sereno salí del despacho de Morales y levanté la palanca general, las luces se encendieron. Al principio pensé que se había desconectado automáticamente la térmica. Pero no fue así. Solo la palanca de conexión general estaba baja y la térmica estaba intacta. Pensé inmediatamente que “La Sombra la había bajado“. Luego miré la botella de ron sobre el escritorio y me desmoroné.

Volví a entrar, me apoyé en el escritorio y pegué un largo suspiro. ¿Quién era “La Sombra”?

Levanté las herramientas y me dispuse a dormir. “Mañana será un nuevo día” pensé. Me recosté en el sillón que tenía el despacho con la linterna en la mano, todavía no sé por qué.

“El Gato y la Fábrica”

Miércoles.

Ya llevaba varias máquinas arregladas y pude hacer un plano de una parte del tendido eléctrico general de la fábrica. No ha habido señales de la huelga desde el lunes, aunque si yo fuera ellos tampoco tendría ganas de protestar.

Eran las dos de la tarde y el lugar más fresco de la fábrica se encontraba al nivel de los ventanales por donde entraba la brisa aplacando el calor estival. Allí estaba yo, sobre la plataforma de un andamio almorzando como siempre una lata de atún. Cada día el atún es más rico. Mi rutina consistía en levantarme a las 6 y trabajar por las mañanas con la

luz del día, parar al medio día para almorzar y luego a la tarde dibujar planos y hacer anotaciones para el día siguiente.

Ya hacía 3 días que no salía de la fábrica. Por lo que veo por las ventanas no había mucho movimiento afuera. He estado pensando el por qué me dieron este trabajo. Hablo del puesto de sereno. ¿Qué puedo hacer yo para vigilar esta fábrica? Si los trabajadores quieren entrar a la fuerza yo no puedo ni quiero impedirlo. Pero quizás no sean esos lo motivos, tal vez no es que los obreros en huelga no tengan que entrar, sino...que yo no tengo que salir.

Divago mucho. Pero Morales y Martínez tampoco fueron muy específicos en ese sentido. Al final solo estoy acá para lo que estoy. Para trabajar. Mientras antes termine la tarea antes podrán abrir la fábrica (o eso espero). Ojalá también se termine la huelga.

Era tan profundo el pensamiento en el que estaba, que cuando noto que casi no toqué la lata de atún sentí que algo se me acercaba por la espalda. Me di vuelta y vi un enorme gato negro, con ojos verdes y brillosos, subido al marco de la ventana. Al verlo me sorprendí, gesticulé con los brazos y grité para que se fuera. Pero el gato no se inmutó, bajó del marco de la ventana y se detuvo al pisar sobre la plataforma del andamio al que estaba subido y se me acercó hasta tenerlo justo en frente.

Me miró.

Me di cuenta que lo atrajo el atún por lo que apoyé la lata en el piso y él empezó a comer. Aproveché para acariciarlo y se dejó. Era raro, no me

tenía miedo y tampoco parecía un gato callejero, su pelo no se veía sucio. Seguro estaba hasta más limpio que yo.

Cuando se terminó la lata se acurrucó en mi pierna. La verdad es que no me sorprendió, si a un animal le das comida ya es suficiente para que sea tu amigo. Me quedé un rato pensando ahí con él a mi lado; debió ser él, el que bajo la palanca, la primera noche. Después que lo asusté persiguiéndolo por la fábrica, al escapar debió subirse a la palanca o algo. Quizás no estaba tan mal, después de todo, que solo haya sido un gato. Sonreí sin saber bien por qué.

De repente escuché un ruido o más bien el eco de un ruido, algo así como si se cerrara un portón, pero esta vez el gato estaba conmigo. Paró sus orejas y empezó a bajar del andamio, con una agilidad innata, yo lo seguí por la escalera de mano. Al bajar, el felino comenzó a dirigirse hacia la salida del taller techado y una vez fuera hacia el portón de atrás de la fábrica. Evidentemente conocía más la fábrica que yo por lo que lo seguí. Cuando llegué a la salida el portón estaba a medio cerrarse. Alarmado por lo que Morales y Martínez me recomendaron tan insistentemente lo cerré manualmente y trabé con el pasador.

¡Alguien había entrado en la fábrica!

Mientras me lamentaba por no poder hacer mi único trabajo bien, el gato empezó a correr como si hubiera escuchado algo. Lo seguí cruzando el playón de descargas sin saber bien a donde iría. Estaba a mitad del patio cuando empecé a escuchar un sonido muy agudo que incrementaba su

volumen mientras me acercaba a una esquina de la fábrica en la cual solo había barriles de aceite.

Detrás de ellos veía que un caño de gas, que iba directo al pabellón de los hornos de fundición, estaba partido. Él gas se escapaba con tanta presión que producía un sonido enloquecedor. Busqué la llave de paso maestra del gas. Estaba detrás de uno de los barriles, cuidadosamente oculta. En cuanto la cerré el ruido cesó. Esta tubería debía de ser la que lleva el gas de los depósitos hacia los hornos de fundición. Debía anotar esto rápidamente para después decírselo a MyM, “seguramente era un trabajador de la fábrica que entró a romper cosas por la ira que tenía” me decía. ¡Boicot! Pero me intrigaba: ¿por qué no pude verlos? ¿Cuándo entraron? ¿Cómo entraron? ¿Cómo salieron?

Anoté todas mis dudas y en cuanto bajé mi cuaderno vi al gato yéndose entre las máquinas. En su momento no me preocupó cuando lo vi perderse entre la oscuridad de la fábrica; es más, hasta le dije “chau” pensando que me escucharía pero ni siquiera se dio vuelta. Ahora que lo pienso debería haberle dicho “gracias”, porque de no ser por él, por su oído tan sensible a las altas frecuencias, nunca hubiera descubierto esa fuga de gas.

“Horas Extras”

Viernes.

Ya eran las 7 de la tarde y estuve todo el día arreglando el cableado de las máquinas. Volví lentamente hacia el despacho. Esa noche abrí una

lata de atún y una de choclo, pero la de atún la dejé en la puerta del despacho. Terminé de comer y me lavé la cara con agua en el baño, como no tenía sueño decidí ir a investigar una parte de la fábrica que nunca había visto: las oficinas.

Éstas quedaban en un edificio totalmente apartado de lo que era el taller. Tenía que cruzar la calle principal para llegar, por lo que decidido a hacer esta expedición tomé el cuaderno y esta vez la linterna. No quería repetir la historia. Antes de salir vi mi petaca y la abrí: estaba vacía. Sonreí y dije “hoy no”, al mismo tiempo guarde la botella de ron donde la había encontrado.

Y salí.

Crucé la calle principal hasta tener la puerta de las oficinas en la cara. Sin darme la vuelta abrí la puerta del pabellón. Estaba oscuro por lo que prendí la linterna, frente a mí se encontraba un largo pasillo de puertas. Caminé un poco. En muchas oficinas no parecía haber gran cosa, a lo sumo un escritorio y una silla, en otras había archiveros a montones. Me llamó la atención una puerta en particular, la del final. Ésta tenía una placa de metal a la derecha que decía “Vicente Morales”.

Intenté abrirla, pero estaba con llave. Miré a mí alrededor y había un manajo de llaves en un escritorio justo al lado de la oficina. Debía ser de su asistente. Tomé las llaves y probé con cada una hasta dar con la indicada, era una pequeña y metálica. Abrí la puerta con sigilo iluminando con la linterna. La verdad es que no era para tanto. Es más, el despacho se parecía

bastante al de Martínez, lo que me hizo sentir que no valió la pena haber entrado.

Me senté en su silla, un sillón de cuero que tenía pinta de ser caro, pero no me importó. Sentado ahí, con la luz de la luna inundando de penumbras las oficinas tabicadas de cristal, entendí lo que era el poder ver todos esos cubículos de una simple mirada: así se sentía ser el jefe de una fábrica tan grande. Perdido en mis pensamientos estaba por irme cuando se me ocurrió revisar los cajones del escritorio.

En el primer cajón de arriba a la izquierda encontré una llave oxidada y más grande de lo normal; supuse que era la de las rejas; no me imaginaba otra cosa que necesitara una llave tan grande en esta fábrica. Aun así sin estar seguro la guardé en mi bolsillo y me olvidé de ello, todavía no se bien por qué. Quizás me habían hablado tanto de esas rejas que sentí que la necesitaría.

Pero lo que más me desconcertó fue lo que estaba debajo de la llave. Había papeles con fotos mías, junto con datos como mi nombre y el de mi hermano, mi edad, cuanto tiempo estuve fuera del país, etc. En los papeles también se hablaba de mi participación en Zúrich, de mi personalidad y de mi alcoholemia. Y sobre mi alcoholemia un remarcado con rojo y un signo de admiración. Parecía como si me hubieran elegido para esto considerando todos estos datos.

Me di cuenta que la pregunta de Martínez en el auto no fue casual, en su momento pensé que quizás les gustaba conocer a quien contrataban. No podía ser más ingenuo. Guardé los papeles y dejé todo como estaba.

Cerré el cajón y la puerta con llave y dejé las mismas sobre el escritorio de su asistente como las había encontrado. Empecé a caminar por el pasillo hasta llegar a la puerta. Salí a la calle principal. La crucé hasta llegar al taller. Caminé lentamente por el pasillo de máquinas como quien camina por su casa, ensimismado y cuando llegué al despacho me asombré: ¡mi caja de herramientas se encontraba tirada afuera del mismo! Parecía que alguien la hubiera lanzado a través de una de las ventanas del despacho, ya que una de estas había estallado en pedazos.

¿Quién fue?

Definitivamente La Sombra no pudo haber hecho eso. Me recosté en el sillón, intrigado. Esa noche dormí poco o casi nada. No quería llamar a MyM ya que era viernes y tan solo faltaban dos días para que se terminara mi labor. No sabía ni por donde habían podido entrar si ya había bloqueado el portón de atrás. Solo alguien con las llaves habría podido entrar por la puerta de atrás o por la de servicio. Quizás algún obrero se había llevado unas llaves antes de irse, pero yo no podía saber eso, lo único que quería era que esto terminara para poder irme de esa maldita fábrica.

“Día libre”

El sábado me desperté más tarde de lo normal y decidí que ya con todas las máquinas arregladas y con los planos casi finalizados hoy sería mi día libre. Terminaría los planos el domingo, y haría algunas anotaciones, pero no mucho más.

Lo primero que hice fue tomar una escoba que había en el pañol del taller y barrer los vidrios que habían caído al piso la noche anterior. Esa escena traumática de anoche, hoy, con la luz del sol, parecía más bien un simple accidente. Ya más calmado me senté en el escritorio y anoté esto para decírselo a los MyM cuando los viera.

Salí del despacho y vi a La Sombra acercarse lentamente. Desde el jueves que viene todas las mañanas a comer y viendo la cantidad de atún que tiene la caja de comestibles se lo doy sin pena. Debido a esta dinámica que desarrollamos en tan solo unos días decidí ponerle La Sombra como nombre, esto, gracias a nuestro desafortunado primer encuentro.

Dejé a La Sombra comiendo de su latita cuando decidí subir a un andamio a ver por las ventanas superiores que estaba pasando en la calle. Mi reloj marcaba las diez y para mi sorpresa si estaban pasando cosas en la calle. Se escuchaban gritos y caballos a trote pero no los lograba ver; parecían estar a unas cuadras. Debían ser protestantes perseguidos por la liga o por la policía montada. Solo imaginármelo me causaba impotencia; quería salir a hacer algo pero estaba encerrado.

La violencia de la que es capaz el ser humano es inimaginable. Tras esas puertas se escondía el infierno (pero yo no la sabía en su momento), lo que más me entristeció después es saber que afuera se estaba peleando un guerra, con gente muriendo, mientras yo estaba adentro. Adentro y seguro. Como mucha otra gente que ni les importaba lo que ocurriera, gente para la que cada baja en un bando era solo un número menos en una planilla. O en una nómina.

Decidí gastar este día en leer el libro que mi hermano me había dejado, por lo que busqué un lugar donde me sintiera cómodo. Obviamente como ese lugar no era el despacho desde el incidente de la noche anterior, es que me puse a recorrer la fábrica con el libro debajo del brazo. Decidí subirme a una de las pasarelas que crean un falso segundo piso en la fábrica, me acerqué a un ventanal y me apoyé contra la pared dejando que la luz del sol ilumine mi lectura pero no me ciegue.

El libro me gustó bastante: trataba de un hombre que intenta resolver sus problemas escapando a otro país a hacer una nueva vida. Novela corta. Ya para el atardecer me lo había terminado.

Decidí volver al despacho a cenar, al bajar de las pasarelas me encontré con mi amigo La Sombra. Lo miré fijo a sus ojos verdes y él hizo lo mismo. Nos entendíamos a la perfección. Me siguió al despacho, cuando llegamos a la puerta entré y él se quedó afuera, desconfiado. Lo invité a entrar pero no se movió, le puse una lata de atún dentro del despacho y ahí recién entró. Como era sábado abrí una lata de carne y una de arvejas. Cuando terminé de comer me fui a recostar al sillón y él se me subió encima. Poco a poco me fui quedando dormido y él lo mismo.

A la mañana siguiente cuando me desperté el ya no estaba.

“Lunes Otra Vez”

Cuando llego el día me levanté a las seis, no desayuné, eso sí: ya desde esa hora escuchaba ruidos en la puerta principal. Creía que estaban protestando de nuevo, lo que me pareció raro porque no había gritos, ni

tiros, ni nada raro, parecía estar esperando algo. Me asomé por una de las ventanas de la fábrica y los vi ahí quietos, sin hacer nada hablando entre ellos. Me pareció raro y al mismo tiempo relajante.

Me reuní con Morales y Martínez en el portón de atrás a eso de las siete, entramos y les mostré las reparaciones que había hecho en la fábrica. Además les entregué los planos del tendido eléctrico, junto con unas anotaciones de las partes que había que reparar. Se veían bastante conformes con mi trabajo. Recorrimos la fábrica y yo les hablé de los problemas que tenía cada máquina y como los solucioné y en el caso de no haber podido el cómo solucionarlos a futuro. Por ultimo les mencioné los incidentes que habían ocurrido. Me dijeron que era normal y que los operarios a veces pueden ser muy agresivos, pero que les parece raro que hayan entrado. Igualmente se alegraban que estuviera bien. Además de eso los daños no habían sido muchos. Un vidrio y un tubo. Para una fábrica como esta no es nada.

Después de completar mi informe me dijeron, que como había trabajado tan bien me daría lo que me prometieron, a lo que yo asentí con la cabeza. Fuimos al despacho y ya adentro Morales me dio un sobre de manila que llevaba en el bolsillo diciéndome “tu paga”. Yo agradecí. Mientras tanto Martínez estaba buscando entre los cajones el Ron. Ni siquiera recordaba dónde estaba.

Estuve a un segundo de decirle el último a la derecha pero justo lo encontró, tomó unos vasos de vidrio del cajón del medio y nos sirvió un poco. Me entregó un a vaso a mí y uno a morales, ellos brindaron por la fábrica. Yo los acompañe. Cuando terminé mi vaso Morales me dijo que

tenía planeado abrir la fábrica hoy mismo. Les dije que todavía faltaban algunas cosas por arreglar, que vendría bien remplazar todo el tendido eléctrico o al menos una parte por seguridad, Morales miró para abajo y dijo que los trabajadores querían una respuesta ya y ellos se la iban a dar sea como sea. Es por eso que los invitó a negociar.

¡En ese momento entendí porque estaban todos en la puerta esperando! También me hablaron de cómo esta huelga tuvo parada a toda la fábrica tantos días y de cómo por el reclamo de unos, otros no pueden venir a trabajar aunque quieran. En ese momento le quise decir que cualquiera trabaja en una oficina como la suya, pero decidí guardar las apariencias. De momento el dúo dinámico me venía pareciendo bastante carismático, pero la verdad es que el verlos hablar así me hacía dar cuenta que no eran más que burócratas con algo de poder, que creían ser más de lo que eran. Si, mientras el jefe no está... ellos lo son. Pero la verdad es que nada de esto les pertenece y es por eso que han olvidado que son tan trabajadores como los que estaban ahí afuera.

Después de eso me dijeron que me quedara para cuando se abrieran las puertas de la fábrica; a la una en punto. Yo acepté. Me preguntaron si me podía llevar las cosas que había dejado en el despacho. Les dije que sí y mientras las juntaba me avisaron que iban a ver algo, que en un rato nos encontraríamos en la calle principal de la fábrica para abrir la reja. Salieron del despacho y se perdieron entre las máquinas del taller.

Hice el recuento: mi caja de herramientas, mis libros, mi libreta, mis lápices, la petaca y mi mochila. Deje el abrelatas y la linterna sobre el

escritorio, y cuando iba a cerrar la mochila me acordé de La Sombra y decidí llevarme una lata de atún por si lo veía. Nadie se daría cuenta.

Con la mochila al hombro salí a buscar a La Sombra por toda la fábrica, pero no aparecía. Tenía hasta la una para encontrarlo, por lo que creí que tendría tiempo. Las horas pasaron y él no aparecía. Me preocupé por lo que fui hacia la calle principal para encontrarme con MyM pero faltaba como una hora todavía.

Cuando llegué a la calle principal de la fábrica pude ver a La Sombra de lejos. Cuando llegué me agaché para acariciarlo e intenté sacar la lata de atún de mi mochila pero antes que pudiera hacer nada empezó a correr hacia el taller. Lo seguí de inmediato pensando en que pasaría si los MyM lo vieran. La Sombra me llevó hasta la misma esquina de la fábrica que la otra vez, pero antes de llegar pude escuchar las voces de Morales y Martínez.

En cuanto las escuché pude ver como el gato se escondía entre las máquinas temeroso de ellos y lo perdí de vista. Dejé mi mochila en el piso y me agaché pero esta vez para escuchar como ambos estaban discutiendo acerca de la huelga, junto a la cañería de gas que se había roto y los barriles de aceite, Morales tenía una bengala en la mano. De repente escuché que Martínez decía

“Una vez adentro cerramos las puertas y nos alejamos para ver los fuegos artificiales”.

Entré en escena y les dije

“¿¡Qué hacen!?”

El semblante de Morales pasó de ser tranquilo y despreocupado a desconcertado y agresivo. Por otro lado Martínez tragó saliva, de manera nerviosa. En el momento que entendieron que las mentiras ya no servirían Morales alzó la voz y dijo que yo no tenía nada que hacer acá. Le respondí que se callara, que a mí no iban a tomarme de pelotudo. Martínez ensayó una defensa y dijo

“Si les damos lo que quieren, van a pensar que pueden conseguir el cielo y la tierra, por lo que hay que cortar de raíz este problema... tienen que entender que nosotros nunca nos vamos a rendir, y es más, haremos lo necesario para que nunca lo logren”.

En ese momento con la potencia de una epifanía lo entendí todo, querían terminar con la huelga encerrando a los trabajadores en la fábrica y prendiéndola fuego... y usarme a mí de chivo expiatorio. Un ingeniero alcohólico que viene a hacer arreglos. La coartada perfecta.

“Así que fueron ustedes los que cortaron los cables, fueron ustedes los que rompieron el caño de gas, ¡fueron ustedes los que tiraron mis herramientas!” dije acercándome cada vez más. “Querían hacerme creer que eran los obreros quienes entraban a la fábrica para que yo les tuviera miedo y no les abriera las puertas”.

Me dijeron que les daba igual, que las cartas ya estaban echadas y que no podía hacer nada. Respondí que si los obreros se enteraban de esto ellos no iban a salir vivos de acá. Pensé en cómo llegar a la puerta principal lo más rápido posible y desobedecer la única regla que me habían dado: no

abrir la reja. En ese momento recordé que corría con ventaja: ¡tenía la llave en mi bolsillo!

En lo que yo pensaba todo esto aprovecharon y en un movimiento rápido Morales me intentó pegar una piña, a lo que yo le atajé la mano en el aire y le di una trompada que lo tiró al piso. Detrás vino Martínez que me pegó en la pierna con una llave Stillson, me hizo agachar del dolor pero de repente La Sombra saltó por detrás mío y le arañó la cara a Martínez. Éste lo tiró lejos asustado por la intromisión inesperada. Yo era más grande que ellos pero no por mucho, además de que ellos eran dos.

Sin pensarlo dos veces me paré y empecé a correr por la fábrica que tantas veces había caminado. Detrás mío venía Martínez y mientras corría vi como Morales se paraba y encaraba por detrás del playón de cargas... Martínez me persiguió por todo el taller hasta la salida. Una vez salí corrí por la calle principal, hasta llegar a las puertas las cuales estaban cerradas. Fue ahí cuando me di cuenta que ambos me habían alcanzado. Rodeé las puertas por uno de los pasillos que tenían a los lados, uno a la derecha y otro a la izquierda. Pude ver como Morales se metió por el de la derecha, mientras que Martínez por el de la izquierda siguiéndome a mí. En cuanto doblé en una esquina y me salí de su ángulo de visión volví sobre mis pasos para sorprenderlo y pegarle una trompada a Martínez que lo dejó en el piso.

Inmediatamente seguí corriendo hasta que salí al patio principal y vi las rejas con los obreros del otro lado. Ellos se dieron vuelta para mirarme, sin entender. Yo, un poco confundido, caminé rengueando mientras buscaba la llave en mi bolsillo. Cuando por fin la encontré, escuché a mi espalda un

“Quedáte quieto” que me paralizó.

Me di media vuelta para ver a Morales apuntándome con un revólver y detrás Martínez escupiendo tierra. Morales sabía que si disparaba todos los obreros lo verían, pero para ese momento ya no le importaba nada. Solo quería ver sangre.

Sabiendo esto grité lo que ya sabía a los cuatro vientos

“Los hijos de puta de los MyM quieren prender la fábrica fuego con ustedes adentro”.

Si ya de por sí los odiaban por dejarlos sin trabajo ahora era todavía peor, Morales seguía con la misma expresión de odio en su cara. Parecía que iba a terminar todo antes de lo previsto. Grité

“Abran la puerta”...

y lancé la llave contra la reja para luego agacharme. Morales disparó y erró. Vi desde el piso, cubriéndome la cabeza con las manos, como un huelguista miró la llave que cayó a medio metro de él, de este lado de la reja; dudó un instante, la agarró al vuelo e intentó meterla en el candado. Morales, consumido por el odio, pegó un tiro contra la reja y saltó sangre.

La escena se volvió borrosa, la reja se abrió y un maremoto de gente arrasó con el patio de la fábrica Vasena.

Después de eso vi cómo Morales se quedó quieto mientras toda esa gente corría hacia él con la intención de asesinarlo. Se vio superado y lo molieron a golpes. Martínez intentó correr en la dirección contraria pero fue

inútil, los trabajadores lo atraparon y lo mataron a sangre fría como a su compañero.

Mientras el patio se llenaba de gente me paré y caminé por la salida en dirección contraria a la turba que entraba en un estado de shock. Me sorprendió que en las caras de todos esos trabajadores vivía la misma expresión que en la de Morales. Caminé hasta la esquina, me senté en el cordón y pensé si esto había sido mi culpa.

En esta semana había muerto mucha más gente que solo ellos dos y tampoco es que lo merecieran, pero aun así solo fui un engranaje más en la cadena de odio que se repetiría por siempre.

Mientras la ciudad entera se prendía fuego, algunos intentaban apagarla pero para los que se quedaron encerrados en sus casas esto solo fue Otra Semana Más.

¿Cómo y por qué escribo?

Autora Camila López

Escribir mi propio cuento fue una aventura, pasé por muchas lluvias de ideas, borradores, y el proceso de transcribir una y otra vez. Aunque se me hizo eterno, por bloqueos, no saber cómo seguir, o la incertidumbre de no saber si lo que escribía era bueno, a pesar de todo, fue bastante divertido. Sentir que sólo yo tenía el poder, el futuro de mis personajes, tanto lo que va a pasar con la muerte de Sarah, o sobre la verdad de Ellie, dependían exclusivamente de mí.

Hablando un poco más sobre cómo escribí este cuento, al principio me costó bastante, no sabía cómo empezar, así que sólo me dejé llevar mientras mis ideas surgían. En la madrugada era mi momento para escribir, en una libreta anotaba todo lo que se instalaba en mi mente. Buscaba algo misterioso, drástico, una muerte o algún cambio repentino. Creo que lo conseguí, yo sé que el final no se lo esperaban.

Aunque no menciona ningún invento industrial propio, ya que no me basé mucho en eso, considero que la industria ficción es un muy buen género para escribir, dejarse llevar, y plasmar todo lo que sea producto de nuestra imaginación en un papel. Me inspiré en lo que más me gusta, las novelas y series criminales. La verdad fue una muy linda experiencia en lo personal.

Para contarles un poquito más de mí, uno de los libros que más me atrapó unos años atrás fue "Redes peligrosas" de Vik Arrieta, donde el peligro de las redes sociales, y todo lo que puede ocurrir en ellas es el protagonista. "El principito" junto a "Harry Potter" son dos clásicos que amo, son tan distintos, y a la vez tienen la misma magia que los caracteriza. Por último "Orgullo y prejuicio" de Jane Austen, me enseñó a que por más amor verdadero que sea, tiene que haber pasión, pero también razón, además del desafío de crecer como personas.

Fue un placer haber recibido una mención, no me lo esperaba para nada, básicamente una montaña rusa de emociones, ya que la lectura y literatura son de gran importancia en mi vida, desde muy chiquita me gustó leer, pero ¿se pueden imaginar un mundo sin literatura? Sería raro, triste, creo que no tendría sentido, no se trata simplemente de leer, es mucho más que eso. Mediante la literatura nos expresamos, de una forma bella y por medio de las palabras, nuestros sentimientos, emociones, todo lo que día a día nos perturba, molesta, nos hace sentir felices e incluso tristes. Un mundo sin literatura, no sería nada, simplemente un mundo sin realidad, fantasía e imaginación. Un mundo donde la gente no se expresaría, y mucho menos reconocería lo bueno de escribir.

1era Escritora:

Este cuento fue escrito un día más o menos a las 6:30 de la tarde, la historia tiene algo único y es que fue escrito en dos países los cuales son Venezuela y Argentina, así que fue escrito desde un Smart fon y una computadora ,si, si pedí ayuda la idea de “la fábrica de constelaciones” se le ocurrió a una persona muy especial en mi vida, ella fue la que poco a poco me fue ayudando a darle vida a este cuento, yo la verdad no merezco todo el crédito sobre lo que es este cuento de fantasía, entre las dos logramos hacerlo. Tanto ella como yo somos fans de la literatura, esta persona tiene un don increíble para convertir una idea en palabras originales, y mi imaginación alocada la completa de una manera eficaz, se hicieron muchas correcciones al momento de decidir, cómo iba a ser la trama, los personajes, el escenario entre otras cosas..., aun sabiendo que el tema principal era sobre las fábricas.

Sí, me encanto escribir ese cuento, fue una experiencia única, la cual puedo compartir con mi mejor amiga, la literatura llego a mi vida de forma inesperada, a mí la verdad no me llamaba antes la atención todo esto, pero siempre veía a mi amiga leer libros y comentar al respecto y la verdad siento que ella es la que merece el crédito de que hoy en día a mí me guste leer. La verdad soy una persona que prefiere leer una novela y/o cuento a escribirlo, la verdad he intentado crear algo así por mí misma, pero a veces siento que no es lo suficientemente bueno para compartirlo con las demás personas, así que prefiero quedarme con todas ideas en mi cabeza y seguir introduciéndome en el mundo de la lectura. Siento que sería muy aburrida, leer las cosas que puede llegare a escribir la gente en un papel es algo

asombroso, sea o no sea un cuento, imaginar cómo sería un mundo sin ello nunca se me había pasado por la cabeza.

La verdad cuando vi su mensaje quedé súper impresionada, porque no pensé que podían haberlo visto de la manera en que lo vi yo, tan pronto en cuanto lo supe, corrí enseguida a contarle a mi amiga, y ella se puso más o tan feliz como yo, estábamos orgullosas de algo que comenzó siendo un juego para más adelante convertirse en algo asombroso y siéndoles sincera, le agradezco mucho a ella. Verdaderamente estaría demasiado feliz porque lo lean y vean lo que yo vi, y tengan esa imaginación tan grande, como para que, para ellos los personajes logren cobrar vida en la de ellos, estaría muy feliz, y repito de nuevo, muy orgullosa.

Con sinceridad no tengo algún libro favorito específicamente, pero idolatro a la escritora Amalia Andrade, me parece una escritora increíble, porque en sus libros dice la verdad sobre lo que sienten las personas, como estar enamorado, o que te rompan el corazón, y es realista sobre los temas de los que habla

Para mí la industria ficción me suena como a ciencia ficción que tiene que ver con las fábricas industriales, herramientas, maquinas... entre otras cosas.

2da escritora:

Hola, quiero dejar en claro antes de responder cada duda que tengan que no lo haré de forma ordenada y mucho menos enumerada, teniendo esto en claro empiezo.

Este cuento fue escrito en computadora a las 6:30 de la tarde, lo especial de este cuento es que fue hecho en dos países, Argentina y Venezuela, yo empecé este libro para ayudar a mi amiga que quería participar en el concurso que se hizo, la verdad no me llamaba mucho la atención hacer un cuento de una fábrica, pues mi especialidad es la fantasía, la magia. Pero toda mejora dándole un toque de tu ser, fue ahí donde se me ocurrió darle vida a La Fábrica de Constelaciones, comenzando una nueva aventura, abriéndole paso a un nuevo sueño. En Argentina, por mi amiga fue terminado y así fue como se terminó de crear la historia, debo admitir que me costó darle un poco de sentido a la historia, hubo bastantes correcciones, pero no fueron impedimento para lograr ese hermoso desarrollo y lograr tan espectacular cuento.

Para mí la literatura es algo esencial en la vida, es una herramienta perfecta para sacarte de la realidad y dejarte pasear por una realidad alterna dejándote ser libre y tener aventuras que en la vida real son poco probables. Además de ayudarte a mantener la cordura o tal vez perderla un poco para soportar la verdad de cada día. Así que no, no puede existir un mundo sin literatura, fuese gris y sin magia. Personalmente, la literatura y la escritura me ayudaron muchísimo en momentos turbios en mi vida, me hacían sentir más fuerte, valiente y audaz, pues con cada aventura que leía o creaba para mis libros me daban fuerzas para sentirme así en la vida real, mis personajes y escritores me daban las ganas de sonreírle a la vida día a día. Y como no,

siento esa necesidad de ayudar a las personas con mis historias, de hacerlas sentir vivas y darles aventuras grandiosas, ayudarlas a sobrevivir tan dura realidad. En el cuento, no se habla de ninguna maquina o avance industrial como tal, solo incita a poder soñar. Creo que quedó en claro que tan especial es el cuento y escribir para mí, esta pequeña historia fue hecha con muchísimo cariño y escribirlo me ayudo a entender que escribir era lo mejor que me ha pasado en mis dieciséis años de vida, me hace sentir mágica y súper poderosa, increíble lo sé, así que decir que me gusto hacer el cuento, es poco.

La sensación tan increíblemente arrolladora y vivaz que me consumió cuando me llego la noticia fue maravillosa y poco sentida en mi corazón, me sentir orgullosa de mí y de mi amiga, ¿que les puedo decir? Mi alma brilla y brillaba de una manera eneguedora y mi corazón bailaba salsa y merengue dentro de mí. Para ir culminando, tengo solo un escritor favorito y ese es Paulo Coelho, quien me inspiró a meterme en el mundo de las letras y el que me sigue impulsando a estar.

Autor: Mateo Araneo

Todo empezó cuando el profesor de Lengua y Literatura nos mandó a escribir un cuento relacionado con máquinas e industrias. Desde que lo propuso me interesé y decidí realizarlo. Antes de comenzar a escribir primero pensé qué quería contar en la narración, también elegí los

personajes que aparecerían en el relato. Lo escribí íntegramente en la computadora, solía hacerlo los fines de semana, por la tarde

A medida que iba escribiendo hice algunas correcciones, también se los leía a mis padres para ver si se comprendían la trama de lo que estaba narrando. Cuando concluí le pedí a mi madre que supervisara para ver si había algún error en la ortografía o puntuación.

La idea surgió cuando el profesor nos dijo, mientras estábamos paseando por el taller mecánico de la escuela, que debíamos elegir alguna máquina para incluir en el cuento. Dijo mostrando una limadora

– Pueden usar la limadora como un elemento de tortura. –

Y ahí esas palabras fueron el puntapié inicial para comenzar a escribir.

En el cuento no incluí ninguna máquina inventada, sino que usé la idea que me dio el profesor

El tema de escribir cuentos sobre temas industriales me parece interesante y me encantó hacerlo, ya que a mí nunca se me hubiese ocurrido hacerlo y menos aún que sea del género de terror o policial.

Por lo general no soy de pasarme mucho tiempo leyendo literatura, si me gusta investigar sobre temas de geografía, historia y ecología. Asimismo, me gusta relatar cronologías; por ejemplo, en la actualidad estoy escribiendo “el diario de una cuarentena”, un poco motivado por el libro de Anna Frank que leí el año pasado y que me atrapó bastante. También porque me parece que es un hecho histórico importante y tiene que quedar registro

del mismo. Opino que la literatura es fundamental, ya que nos ayuda a ser creativos y desarrollar la imaginación.

El enterarme que fui mencionado me sorprendió mucho y me alegró, sinceramente no lo esperaba. Me gusta la idea de que otros puedan leer la historia porque me hace sentir satisfecho, y es un reconocimiento a mi esfuerzo.

Mis libros favoritos..., en si no tengo, pero me gustan los que tratan de acontecimientos históricos (como, por ejemplo: el del Titanic) y los libros que tengan técnicas para progresar en la vida

Para mí la Industria ficción es la edición y difusión de cuentos de ficción.

Autor Raimundo Amra

¿Qué es para mí escribir?

Antes de sentarme a escribir una palabra, pasé casi una semana apuntado tanto pequeñas definiciones de personajes como esquemas de las relaciones entre ellos y también algún que otro dibujo. Además, anotaba frases o conceptos que me representan particularmente para incluir en el cuento de la alguna manera.

En un principio la idea era muy diferente. Ésta tenía cierto aire de misticismo, pero por distintas razones mientras avanzaba en lo que era definir la historia empezó a tornarse densa y a perder el foco. Ni siquiera tenía ganas leerla yo mismo, por lo que decidí volver a empezar otra historia con las mismas bases. Típico. En ese momento empecé a buscar inspiración en hechos de la vida real. Pasé otra semana más leyendo noticias de fábricas y talleres hasta que di con una que me encantó: la fábrica Vasena. ¡Era justo lo que estaba buscando! Al investigar sobre lo ocurrido en la Semana Trágica, me cautivó la idea de hacer que mi historia tuviera como escenario esa fábrica, tan grande, de muros tan altos casi como un castillo, que uno se pudiera perder en su interior. Pero como un golpe de sabiduría vino a mí la idea de que mi historia no tenía por qué ser ni antes ni después de esta semana sino durante. Era perfecto. Todo cuadraba; durante lo ocurrido la fábrica estuvo cerrada, nadie nunca sabría si hubo o no alguien adentro durante las huelgas, es más, no solo supe dónde y cuándo sino qué contexto histórico iba a tener mi historia. Así yo tendría una excusa para contar la perspectiva de alguien que si existiera nunca lo hubiéramos podido escuchar.

Empecé a escribir. Como ya estuve mucho tiempo pensando en la historia no tuve que pasar por esos momentos incómodos frente al archivo de Word en blanco. El 70 por ciento del cuento ya estaba escrito en mi cabeza, pero faltaba darle un formato. Por lo que instintivamente uní mis notas y pensamientos en un solo papel descuidadamente esperando que se hermanaran casi de manera gramaticalmente mágica, así no tenía que forzarme a tener un ataque de creatividad. Eso sí, puede que, aunque el

escribir de esta manera sea rápido y ameno, la mayor parte del tiempo se va en corregir lo antes escrito en bruto. Lo único que no escribí de corrido fue el final, que no pude cerrarlo hasta que todo lo demás ya estuvo armado.

A medida que lo iba arreglando se lo mostré a mis padres (para que ver pensaban) pero, aunque les pareció que estaba bastante bien sus reacciones no me convencían. Tampoco podía buscar una segunda opinión ya que quería mantenerlo en privado y como algo personal. Ahí me di cuenta que el único crítico al que podía entender de verdad era yo. El cuento era por mí y para mí. Ya antes de terminarlo les pedí a ellos que lo revisaran en busca de errores y me sorprendí de la cantidad de pequeñas correcciones que tuve que hacer; al parecer leer tantas veces lo mismo hace que tengas una especie filtro y pareciera que estuvieras leyendo lo que está en tu memoria en vez de lo que está escrito.

A pesar del trabajo inmenso que es encarar un proyecto creativo, esto me ayudó mucho ya que justamente en el momento en que lo escribí estaba pasando por una etapa depresiva y poder enfocar tus ánimos en algo te ayuda a iniciar una especie de ciclo, donde mientras estés concentrado podés dejar los problemas en un segundo plano. Y aunque no estés necesariamente escribiendo siempre podés fantasear con tu historia, es ese momento en el que te das cuenta que es escribir algo para uno mismo, sin ánimo de nada, solo por el simple hecho de llegar a una meta.

En relación a lo personal, la lectura y escritura como tal no son cosas de las que me pueda declarar fanático, más bien me gusta encarar los proyectos desde el lado de la creatividad. Yo sé que si la literatura no existiera otra cosa ocuparía su lugar y me gustaría ser parte de ello. Aun así,

me parece importante decir que a la hora de leer me encanta la ciencia ficción, desde la más clásica, hasta la más bizarra como algunos cuentos de Philip K. Dick.

Cuando me dijeron que iban a publicar mi cuento en la antología no lo procesé al instante; ya me sentía orgulloso de haberlo terminado y para mí eso era algo muy llenador, pero cuando me di cuenta me dio pánico a que alguien más lo leyera. ¡Soy un ridículo! - Me dije. Nunca pensé en ese detalle, que otra gente también puede leer lo que uno escribe. Mientras lo escribía solo trataba de hacer algo que me gustara a mí. Es por eso que me encantó llevarlo a cabo. Cuando llegó la fecha lo envié más por inercia y sin siquiera pensar mucho. El entusiasmo me nubló.

Me llevó un tiempo entender que ese proyecto que era privado y personal ahora cualquiera podía leerlo, y la verdad es que cuanto más tiempo pasa más estoy convencido que hice una buena elección en *intentar* escribirlo, ya que siento que al hacer esto aprendí mucho de muchas cosas. Aprendí que la escritura puede ser una descarga, entendí lo que es trabajar en algo que te ilusiona y que no necesitas hacer una gran obra o ser el mejor en algo para sentirte realizado.

Por último, quiero invitar a cualquier persona a escribir un cuento o realizar otro proyecto que ellos quieran. Para mi Industria Ficción fue eso, una oportunidad para poder demostrarme que podía hacer cosas que antes me parecían imposibles.

Autor Lisandro Luna

Anotaba mis ideas en la escuela, para luego releerlas en casa. Me propuse trabajar solo, sin la ayuda de mis profesores de Lengua y Literatura. No leo ciencia ficción y, por lo tanto, decidí escribir un cuento de terror que incluyera el tema particular: Máquinas, fábricas y avances industriales.

Me pareció un gran desafío escribir un cuento sobre temas industriales, una especie de sinopsis de todas las ideas que tenía en mente. Para mí no podría existir un mundo sin literatura porque, de alguna forma, la literatura es primordial para la felicidad o el desarrollo de los seres humanos.

El día de la mención ha sido uno de los más felices de mi vida. Tanto que haber sido mencionado ha renovado mis ganas de escribir y de leer.

Mis tres libros favoritos son:

- *Psicosis*, de Robert Bloch.
- *Narraciones extraordinarias*, de Edgar Allan Poe.
- *Carrie*, de Stephen King.

Para mí, Industria Ficción es una nueva “revolución industrial” ya que revolucionariamente promueve el placer por la literatura de ciencia ficción.

Quiero agradecer la oportunidad de haberme permitido participar en el concurso y el tiempo que generosamente dedicaron todos aquellos que me leyeron.

Autora: Martina Santangelo

¡Hola!

Soy Martina Santangelo, estoy en el tercer año del Instituto 13 de julio, y el año pasado tuve la oportunidad de participar en un concurso bastante peculiar e interesante, ya que trataba sobre máquinas, avances industriales, fábricas, etc; lo que me transportó a los talleres de mi escuela, y a verlos desde una nueva perspectiva; como una aventura literaria donde podrían pasar tantas cosas como pudiera imaginar. Cuando pensé en máquinas creí que sería todo un reto imaginar una historia atrapante con ellas, pero me di cuenta que la imaginación no tiene límites.

A la mañana siguiente asistí a mis clases de taller y la inspiración surgió, las ideas rebalsaban y comencé a pensar en máquinas con características humanas que nos ocultaban su misterio, descubierto por la dulce inocencia de un niño. Empecé a armar la historia en mi mente y plasmé una lluvia de ideas en un borrador. Al llegar a casa, después de todo el día de pensar en el cuento, tomé el borrador y me senté en una silla de mi patio a disfrutar de una tarde tranquila de escritura.

La historia comenzó a fluir, pero mis pensamientos eran tan rápidos y variados que me tocó tachar y corregir muchas partes hasta sentirme satisfecha y orgullosa de mi cuento, que lograba transmitir lo que buscaba.

En mi cuento quise abarcar una problemática de la actualidad , real y un tanto metafóricamente; quise representar los problemas que traen las multinacionales con sus ansías de poder y también de alguna manera dar una reflexión de cómo de a poco se va reemplazando lo esencial, la felicidad que nos traen las cosas simples y que muchos a veces no nos sentamos a disfrutar, vivimos tan apresurados que lo mejor nos pasa por delante sin darnos cuenta, tal vez hay que cambiar la forma de ver la vida; también olvidamos la inocencia y la esperanza que teníamos de chicos, el poder de la imaginación y de maravillarnos ante todo, como lo demuestra el chico de la historia que logró comunicarse con las máquinas y salvarlas.

Este cuento me dio muchas cosas para pensar más allá de su historia en sí, cada detalle de las palabras debía encajar justo para transmitir lo que sentía.

En mi vida, la lectura y la escritura son lo que me permite seguir, me da energía, paz, me transporta a donde quiera ir, me convierte en quien quiera ser. Allí encuentro un refugio para escaparme de la realidad y permitirme un viaje de imaginación, además de que me da muchos conocimientos. La escritura me permite expresarme, liberarme, entenderme, me ayuda a plasmar la imaginación en una hoja y papel, ver el resultado de eso es maravilloso. De tan solo adentrarme en mí misma, lograr un nuevo mundo, cambiar una realidad, poder lograr todo. Los signos son cosas chicas y medibles pero las interpretaciones son ilimitadas, la lectura es parte de mi vida y es maravillosa.

Al saber que fui mencionada, mi alegría fue inmensa y la experiencia espléndida; un escalofrío de emoción me recorrió el cuerpo de felicidad me enorgullecí mucho de lo que pude lograr.

Sería un honor que muchas personas lean lo que escribí ya que tan solo con eso habría triunfado, poder transmitir emociones, crear escenarios, viajes, personas, en otras mentes a través de mi imaginación, tan solo causar una reacción significaría, para mí, que funcionó a la perfección.

Yo leo mucha variedad porque me gusta indagar e investigar todo tipo de escrituras, temas, escritores, etc. Personalmente me gustó mucho “Adónde vuelan las golondrinas” de Elizabeth Bowman, una vida dentro de la historia sobre ella Guerra de Secesión; “Como agua para chocolate” de Laura Esquivel, donde la protagonista transmite sus sentimientos en cada receta mientras ocurre la historia; y la trilogía de “Lesath” de Tiffany Caligaris, es más fantástica, ya que trata de una mitad alfa, mitad humana.

La industria ficción abarca dos ámbitos muy importantes en mi vida, la escritura y lo que estudio actualmente, ambas me permiten crear algo de la nada y eso es increíble, me apasiona; además, es muy interesante y poco visto el que estén combinados, escribiendo una historia con algo tan poco relacionado a ella.